

QUERIDAS PALABRAS

Grupo literario Encuentros
Casa de la Cultura de Tres Cantos

Coordinación:

José Luis Álvarez

Prólogo:

G.L. Encuentros

Bohodón Ediciones



Coordinación: José Luis Álvarez
Edición y maquetación: José Luis Muñoz Sáez
Corrección: Marisa Carbajo Lobo
Diseño de cubierta: Bohodon Ediciones
Imagen de cubierta: Juan María Van Drell
Primera edición: febrero de 2008

- © De la edición: Bohodón Ediciones
- © De los relatos y prólogo, sus autores
- © De la imagen de portada: Juan María Van Drell

Asociación Cultural Bohodón. Bohodón Ediciones
Plaza del Ayuntamiento Nº 2
28760 Tres Cantos (Madrid)
E-mail: ediciones@bohodon.net
<http://www.bohodon.net>

ISBN: 978-84-935552-2-1

ISBN: 84-935552-2-3

Depósito legal:

Impreso en España por PUBLIDISA.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

QUERIDAS PALABRAS

INTROITO

Este, que en sus manos hoy reposa, no es un cofre al uso de piratas locos. No es una caja de nogal y hueso, donde duermen golondrinas llenas de agua, esperando una mano prisionera de ilusión que levante la luna.

Este pequeño talismán para transitar desiertos de pereza, encierra toda la realidad de los sueños de unos buscadores de belleza. De unos creadores de caminos nuevos, que nos pueden despertar de los sueños mustios que nos llueven diariamente.

Cuando escribir es un regalo del alma para todos los elegidos, leer se convierte en la tierra fértil de la que se evaporan luciérnagas con palabras tiernas, mariposas de algodón y un dibujo de Platero en la espalda, o un dinosaurio azul durmiendo en la alfombra mientras llueve.

Este, que en sus manos hoy reposa, no es un arlequín con el sombrero en la acera, ni una trenza de mimbre dispuesta para las madre selvas y los abalorios balsámicos de los desheredados. Es un corazón hendido a cielo abierto, con los surcos más débiles cubiertos de petirrojos encendidos, con una lágrima de duda. Es el último nido de papel, cubierto de algas retorcidas con vocales radiantes de suspiros, que se acerca a la orilla de nuestra vida.

El fermento, con el que el Grupo Literario Encuentros teje el pan de cada Jueves, florece otro año en las hojas frescas de un libro compartido.

Tomad y leed.

Este, que en sus manos hoy reposa, es el cuenco de nuestros silencios imposibles. Llevadlo con ternura.

GRUPO LITEARIO ENCUENTROS



UX

AZUL PROFUNDO

M.H. Tuda

Lo que voy a contar sucedió hace muchos años y, en aquel momento, no le di la menor importancia; podría decirse incluso que no tuve conocimiento del mismo, aunque yo fui el sujeto paciente y, en cierto modo, también el agente.

En aquella época, yo trabajaba en una compañía de seguros y, si bien el trabajo no era complicado y estaba bien retribuido, la verdad es que estaba algo harto del asunto. En primer lugar, porque estaba todo el día de la ceca a la meca y terminaba la jornada realmente cansado y, cuando llegaba a casa, después de una buena sesión de transporte público, estaba, más que cansado, derrotado.

Otro de los temas que me molestaba en el trabajo, era la arbitrariedad con que mi jefa distribuía las tareas; a veces te estabas trabajando alguna póliza durante meses y, al final, cuando tenías que rematar, se la asignaba a cualquier otro que no había hecho nada y que se llevaba la prima, por supuesto. Esto me sacaba de quicio y dio lugar a algunas buenas discusiones y llevó a que me fuera de la empresa pocos meses después, aprovechando un expediente de regulación de empleo.

Vivía en una ciudad pequeña, o en un pueblo grande, como se quiera y, a pesar de que mi barrio era bullicioso y animado, mi calle era bastante tranquila, ya que la habían hecho peatonal y sólo se veía perturbada la tranquilidad por alguna ambulancia o algún otro vehículo de urgencias. Tiempo atrás, habría tenido días más gloriosos (todavía se podían ver las vías del tranvía debajo del asfalto en algunos tramos de la calle), pero en esa época, como decía, era tranquila y confiada. No era muy larga, pero lo suficiente para que hubiera tres bares, además de una tienda de ultramarinos y algún pequeño negocio con escasa y dudosa actividad; al fondo de la calle, donde se recogía la calleja en una pequeña placita, había una hornacina, de noche iluminada, con una especie de Virgen o Santo (ya que nunca llegué a identificarlo), pero al que la gente del barrio tenía devoción, pues nunca faltaban flores frescas en una especie de búcaro que había en una repisa que semejaba una mesa limosnera contenía una ranura por donde los fieles echarían sus dádivas.

Yo vivía en una pequeña casita que había alquilado a uno de los dueños del bar que estaba frente a mi casa, donde cenaba algunas noches que no tenía ganas de cocinar nada, pues yo vivía solo. Junto a mi casa, que era baja, había un minúsculo jardín donde languidecían unos arbustos espinosos que parecían acacias. Durante el verano, cuando tenía las ventanas abiertas, el monocorde canto de los gorriones lo inundaba todo.

Cercano a la entrada de mi casa, había una tiendita de un chamarilero. Al pasar por la calle se podía apreciar a través de la ventana los innumerables cachivaches que guardaba en la covachuela que tenía por establecimiento: ya muebles, ya libros y cualquier otro objeto que pudiéramos imaginar. El dueño, que con frecuencia estaba asomado a la puerta de la calle, tenía rasgos achinados (aunque yo juraría que de chino tenía poco), y una edad indefinida; era de esas personas con las cuales te equivocas siempre: no sabes si tiene cuarenta años o setenta. Pues este individuo era de esos, jamás me hubiera atrevido a calcular su edad.

Nunca le vi hablar con nadie ni sonreír a nadie, ni vi que nadie entrara en la tienda. Tampoco te saludaba ni contestaba al saludo si alguna vez, por descuido, le decías hola o adiós. Si no estaba asomado a la puerta, estaba al fondo del cuchitril, inclinado sobre una mesa amarillenta y, como era de noche cuando yo solía pasar, se veía una luz mortecina que proporcionaría una lámpara de veinticinco vatios; en fin, que no era un tipo al que quisieras tener por amigo; ni siquiera tenerlo a tu espalda.

Yo no tenía muchas aficiones, entre otras razones, porque costaban dinero y lo necesitaba para otras cosas más perentorias, pero de vez en cuando me permitía alguna licencia y compraba alguna cosilla que me llamaba la atención. Así tenía la casa llena de trastos (muchos de ellos no servían para nada), bien fueran regalos o comprados por mí.

Una noche, cuando iba para casa, me llamó la atención en el escaparate esmirriado y cutre del mercachifle, un hermoso espejo que ocupaba casi todo el espacio del mismo; haciendo de tripas corazón, por la poca gracia que me hacía el individuo, pasé a la covacha y me acerqué hasta el *sancta sanctorum* del tipo, sorteando numerosos objetos viejos y destartalados que estaban arrumbados por todo el tabuco; me sorprendió que diera muestras de conocerme, ya que nunca habíamos hablado una palabra, y esto me dio más repugnancia aún, pero, en fin, le pregunté por el precio del espejo, pensando que sería inaccesible para mí, pero me dijo un precio insignificante y lo compré.

Me lo llevé bajo el brazo, sin envoltura alguna, pensando que el tipo no tenía ni idea del precio de las cosas y que quizá era robado y por eso se quería deshacer de él. El espejo me parecía una joya: era circular, el marco estaba torneado con gubia y muy bien esmaltado. Tenía labrados a lo largo de todo el marco pequeñas figuritas mitológicas. El vidrio era de un azul profundo y parecía que hubiera sido grabado a la arena por un buen artesano.

No sé lo que tardé en colgarlo en un recibidor que había al entrar en casa, y no tardó en ser el objeto más apreciado de mi modesta casita. Raro era el día que no me peinaba ante él y, al salir y volver a casa, para él era mi último y primer vistazo.

Al cabo de un tiempo, empecé a notar que el espejo ejercía sobre mí una extraña fascinación, a veces me despertaba

sobresaltado pensando en él y no me tranquilizaba hasta que me miraba en el azogue que mostraba en lo profundo durante un buen rato.

Cada vez dormía peor, me levantaba numerosas veces y además parecía que no descansaba lo poco que dormía. Esto repercutía en el trabajo de manera que cada vez el asunto iba a peor en mi empresa.

Habíamos empezado una campaña de aproximación a las bodegas y viticultores de la comarca, reacios a hacer un seguro contra el pedrisco o la helada, porque siempre esperaban que la tormenta cayera en el pueblo vecino, y yo no era capaz de hacer ni la mitad de las visitas programadas que hacían los demás compañeros. Me llamaron al orden de distintas formas, creo que esta es la única vez que tenían razón, pero no tenía respuesta ni solución. No se puede poner como disculpa de forma permanente que te has dormido o que no descansas.

Me costó trabajo encontrar las respuestas al problema –pensad que estoy escribiendo mucho tiempo después, cuando ya tengo la solución–, pero en aquel momento, le di vueltas y vueltas el asunto sin ver la luz por ningún lado. Lo único evidente, era que mi relación con la empresa se iba deteriorando a marchas forzadas, al igual que mi salud.

Dejé de ir al trabajo y sólo salía a hacer la compra por el barrio cuando no tenía más remedio y, una vez hecha la compra, me arrastraba quejumbroso hasta mi cama.

Fue en una de estas salidas de casa, llamémoslas de supervivencia, cuando vi al tendero apoyado en el quicio de su garito, luciendo una sonrisa entre desvergonzada y maliciosa. Ello me hizo pensar en la razón, ya que no teníamos vecinos comunes y yo no había contado a nadie mis desdichas. De pronto, la luz me golpeó como un mazo en la cabeza; me tiré de la cama según estaba y me acerqué al espejo: ¡¡¡ME ESTABA MIRANDO!!! ¡Santo Cielo! ¡Esto era cosa del Diablo! ¡Este espejo debía de haber sido fundido en un crisol del Infierno! Me quedé en suspenso sin saber qué hacer. No era capaz de mover un solo músculo y me derrumbé sobre un sillón ocultando la cara entre mis brazos. Estaba aterrorizado y no podía reaccionar de ninguna manera.

No sé el tiempo que estuve de ese modo. Cuando volví en mí, me aproximé al espejo con temor y asco; conseguí, no sé cómo, arrancarlo de la pared donde estaba colgado y, lo arrojé debajo de un armario que había en un cuarto de la casa. Cerré la puerta de esa habitación, en la que no volví a penetrar hasta que me fui de esa casa días después y, el día de la escasa mudanza, sólo en presencia de otras personas, para recoger los pocos enseres que allí tenía.

Mi debilidad fue desapareciendo paulatinamente y, cuando pude, me reincorporé al trabajo —el tiempo justo para desvincularme de la empresa—, e inmediatamente me alejé de aquella casa, de aquel barrio y de aquel trabajo que tantos sinsabores me habían proporcionado.

Inicié una nueva vida sin ningún contacto con la anterior y, poco a poco, pasó la nube de dolor.

El tiempo, que todo lo gobierna, hizo que me olvidara por completo de estos acontecimientos que me habían sucedido en aquellos días, si no fuera que algo me lo trajo a la memoria como un fogonazo: un día leí en el periódico que la policía estaba intrigada y confundida con un suceso que llamaba la atención a todo el mundo. Parece ser que un individuo había desaparecido EN SU CASA, puesto que al derribar la puerta de la casa a instancia de algunos familiares, ante la ausencia del individuo, pudieron observar que la casa tenía las ventanas y la puerta de la calle ¡CERRADAS DESDE DENTRO!

Querido lector: ¿he de decirte cuál era la dirección de aquella casa?

PINCELADAS

Antonio Fernández de Tena

SONETO DE LA ESPERA

Esta noche sin sueño son balcones
inútiles mis ojos. Madrugada,
leves pasos, murmullos, sombras... nada.
Silencio y sólo yo. ¿Qué te propones,

latido, en mi estatura desolada,
sin encontrar tu sitio? No traiciones
mi sed con tu ansiedad: dos ecuaciones
que buscan solución en tu llegada.

Parva sombra –palmera en el desierto
para marcar un punto–, te adivino
cuando estás sin estar... Pero es incierto

mi vuelo de inquietud; largo camino
sin reposar el pie; soñar despierto
bordón, sandalias, vieiras: peregrino.

EL AMOR

El amor –sí, señor–
Tiene olor, y color, y sabor.

Para amar –sí, señor–
con fervor
hay que estar...
muy peor.

El amor –sí, señor–
es dolor, no vivir,
esperar, sucumbir
ensoñar lo mejor,
aguantar lo peor,
empezar, concluir,
agostar, verdecir
requemar, arrecir,
y llorar, y reír...

Sí, señor: esto es
el AMOR.

EN UN PATIO DE GUADALUPE

Aquí, el tiempo, vencido, se remansa
como las aguas quietas de la alberca.

Los verdes limoneros
y los pintos naranjos,
las arcadas
que soportan el techo artesonado
sueñan –duermen– un sueño de otros siglos.

¡Qué blanda paz...! El alma se te aquieta
como el tiempo, el agua de la alberca,
los naranjos en oro punteados,
los limoneros pródigos...
Como este cielo azul,
azul puro de tanta Extremadura.

Dejo vagar la mente, como otrora,
por el sopor silente de la tarde
y a duermevela pienso... Pienso
si este parvo lugar, si Guadalupe
–preñada de la Virgen Morenita
junto a la mole gris de Las Villuercas–
no es paradigma, síntesis,
razón de ser de nuestra adusta tierra.

TÚ

Una ráfaga de viento ungida de verde mar.
Un cristal de agua marina que hiere como un puñal.
Un jirón de niebla antigua cruzando la inmensidad.
Un arrebató de lluvia que no sabe adónde va.
Una columna de fuego mordiendo la oscuridad.
Un corazón de bolsillo que marca mi soledad...

Mi amiga, mi compañera, mi estro, mi totalidad...
eres tú.

Una querida amiga, dulce como los albrichigos maduros, hermosa como las primaveras extremeñas y, además, inteligente, se nos fue en la flor de su madurez, después de una dura, valiente y serena lucha contra los hados no propicios. Sean estos versos sentidos un homenaje a su memoria y un paliativo a su ausencia.

ASCENSIÓN

Ascienes en volutas vaporosas
Sola, alada, querida de los dioses;
Convocada al principio de las cosas
En blanca comunión con los adioses.
No precisa tu nombre de adjetivo,
Sólo decirlo invita a trascendencia:
Íncrito, etéreo, azul, definitivo.
¡Oh, tu lucha, tu fe! Retablo vivo,
No más, de tu pasión de permanencia...

Ahora que comprendí que puedo, quiero
Mientras el sino ciego no decida—
Implicarme en tu lid. Y persevero,
Ganoso de sentirte, porque espero
A los hados que ganes la partida.

(Abril, 2.004)

NO PUDO SER

No pudo ser. Un hado traicionero
envidió de tus dones la hermosura
y a remolque, con él –taimado y fiero–
te hundiste en procelosa noche oscura.

Pero tu luz superará al abismo
como a las sombras vence la alborada:
surgirás, como espléndido espejismo,
de jubilosos mirtos coronada...

(Junio, 2.006)

CUENTO DE VERANO: EL GALEÓN

Germán Ojeda Méndez-Casariego

El buen ciudadano salió de casa, aquella tarde de fiestas, y dirigió sus pasos hacia lo que parecía la fuente de la música machacona que flotaba sobre los árboles, entre nubes sonrosadas y quietas, más allá del espacio urbano que transitaba habitualmente para comprar el pan o charlar con los vecinos.

El hombre se había sentido atraído por la llamada sonora que manaba sin cesar desde la hondonada entre los campos de fútbol y el lago, mezclada con el denso y agrio humo de las que supuso parrillas de pinchitos morunos y el rumor fragoroso del transitar de la multitud entre las casetas. Se había puesto un traje de media estación, ni demasiado grueso, por el calor previsible, ni demasiado fino, por la noción arraigada de la traicionera brisa nocturna de las mesetas. En el fondo, latía en su memoria un recuerdo de fiestas de pueblo, cuando los labradores sacaban de los arcones sus mejores galas para desfilar en alegre confraternidad por la calle mayor, después de honrar a la Patrona en su ermita, o a hombros en la romería, y antes de la copiosa cena en el mejor restaurante del pueblo.

Llamó a los nietos, que jugaban en los jardines comunes a policías y ladrones, y les propuso ir con ellos a la Feria de San Juan, que de eso se trataba. Los chavales, por supuesto,

dieron un salto de alegría, no sin antes aclarar con el abuelo los términos del contrato: cuatro veces en los coches de choque, una en la olla, dos en el tren de la bruja, cocacolas y manzanas caramelizadas, y más tarde un bocata de jamón. Y la promesa central, sin la cual no había posible acuerdo: el abuelo debía montarse con ellos en el barco pirata, siquiera una vez.

Bajaron por el centro del parque, a medida que iba anocheciendo, y se iban haciendo más fuertes, cálidas, dulzonas, embriagadoras las luces de neón del otro lado de las alambradas. Poco a poco, el sonido que desde lejos parecía un susurro cadencioso se fue convirtiendo en un aullido múltiple y premioso, por mucho que, según había leído, el Ayuntamiento había intentado uniformizar la salvaje propalación, en aras del sueño del sector Foresta y de la deseada comunión en músicas blandas, consorciables, metódicas, de diseño fin de siglo, liberal conservadoras.

Entraron por fin al recinto, luego de pasar junto al lago, donde los peces resignados dormían panza arriba, ahítos de restos de cerveza bebidos de las latas hundidas.

Caminaron por la calle central, y a poco de andar, los chavales se encontraron con sus colegas, y bastó la condescendencia, en forma de billete de diez euros a cada uno, para que dejaran al ciudadano solo, con un vasito de fino entre las manos, acodado en la barra de una caseta política donde, por mucho que esforzaba los ojos, no lograba discernir quién de los presentes era la alcaldesa, y quiénes los invitados de honor.

Pasaron uno, dos vasitos de fino. Cantaron los del Canto del Loco, hicieron pases mágicos las Women DJ para que lo suyo pareciera música, y se fue cerrando la noche sobre las casetas, agobiadas de gente. El hombre pensaba que ya era hora de retirarse, con los oídos retumbantes de tanto decibelio mezclado, cuando comprendió que la realidad le reservaba la mejor de las experiencias: sintió un pequeño tirón de la manga, y una vocecita chillona que decía: “abuelo, al barco pirata”.

A navegar, se dijo. Pensó, apaciblemente, en un artilugio que surcara las aguas del lago, barriendo con la proa la mugre acumulada en blandos círculos. Pero no: como Peter Pan, su nieto mayor lo guió hacia un barco que tenía todo el amenazante aspecto de querer levantar vuelo sobre las colinas de la ciudad, las chimeneas, la torre del agua, el parque entero, los asombros y las vivencias cotidianas de la gente de a pie.

Pensó en cómo se vería el mundo desde allí arriba, junto a las nubes ahora indiscernibles en lo oscuro, o brevemente iluminadas al pasar bajo el corral blanco de la luna.

Tres Cantos, ensombrecido, cerraba sus puertas. Los escasos vestidos de faraloes dibujaban sus últimas ondas de colores llameantes en la Casa de Andalucía. Vetusta Morla atronaba en el escenario. Más allá de todo, aturdido por el tropel de sensaciones, el abuelo se abrochó el cinturón metálico, dispuesto a subir a los cielos, rumbo al país de Nunca Jamás.

CUENTO DE VERANO II: SIMÓN DEL DESIERTO

(In memoriam L. Buñuel)

Primero se fueron los vecinos de enfrente. A través de la mirilla de la puerta, el ciudadano, intrigado por el ruido múltiple de trastos que provenía del pasillo y el ascensor a esa hora desacostumbrada, contempló la huida madrugadora de sus vecinos en pos de un poco de aire fresco, lejos de la canícula del terrible verano tricantino. Era de esperar, reflexionó. Al fin y al cabo, el huyente trabajaba todo el año de profesor de instituto, con la frustración de sentirse incomprendido por lo que llamaba “pequeña horda de adolescentes teleadictos”, y pocas cosas anhelaba más que la llegada del verano para irse a descansar a su pueblo de origen, en la costa andaluza. Y ella, como solía lamentarse, limitaba su profesión de psicóloga en paro a consolar las depresiones vespertinas del enseñante.

Así que lo vio lógico. Los vecinos se van de veraneo, felices ellos. Abrió una rendija de la puerta, para que no se le viera en pijama, y les deseó buen viaje con una sonrisa y un ademán de despedida.

Luego, tres días más tarde, se fueron los del 4º izquierda. El hombre los conocía poco más que de vista, por lo que no juzgó necesario despedirlos. Se dio cuenta de que se iban por el repentino silencio que invadió el bloque, acallados los berrinches del pequeñín que solía estremecer los cristales.

No pasó una semana sin que se fueran también los amigos del chalet. Verás, le dijeron, no tenemos corazón para dejar el perro en una residencia, por otra parte carísima, así que si pudieras ir por las tardes a darle un paseíto, y ponerle de comer...

Al día siguiente bajó a tomar el aperitivo, como todos los fines de semana, al barcillo con terraza junto al nuevo puesto de prensa, pero mesas y sillas estaban atadas con cadenas, y los periódicos viejos se pudrían como hojas de otoño anticipado. Qué pena, con lo buena que estaba la cazuelita de callos, y la lectura reposada.

Pues iré a la peluquería, se dijo, que tengo la azotea como los matojos del Parque Central. Pero el parque siguió decolorando su embravecido matorral, pasto de futuros fuegos, tal como su melena indómita frente a la reja dura y caliente de la peluquería.

Luego tocó la epidemia a su propia puerta. Su hijo y su nuera optaron por el apartamentito en la playa, como única forma de contener la algarabía continuada de los retoños hiperactivos. Vente con nosotros, le propusieron, podrás dormir en el cuarto de los niños, pero él prefirió sus libros tantas veces hojeados y sus pequeñas caminatas por el pueblo-ciudad.

Me compraré un pollo asado para el almuerzo, pensó, pero desde lejos comprendió que era imposible al no llegarle el aroma cálido y sabroso. Iré a jugar al mus, pero el tapete solitario se perfiló oscuro desde la ventana. Iré a ver cine

a la plaza del Ayuntamiento, pero los proyectores desgranaban solos una ininteligible comedia con los rollos intercambiados.

Siguió caminando, y pronto se dio cuenta de lo que ya era evidente: estaba solo. Los pocos coches aparcados habían criado raíces, y el caucho de las cubiertas se derretía y se mezclaba con el asfalto reblandecido. Los chopos se mecían sin viento, con su propia fuerza interior, asfixiados en el aire candente. El salón de plenos municipal lucía las cortinillas echadas, oscuro y vasto, con alguna telaraña empecinada en los alféizares. Todo estaba hueco y vacío, escaso de vida, languideciente.

Decidió entonces dirigirse hacia el parque. Bajó lentamente las calles desiertas, espiando en los buzones por si alguna carta perdida le revelaba el sentido de tanta ausencia. Siguió andando, protegido del sol por las paredes inhóspitas, saludado por moscas taciturnas, hasta llegar al gran lago que había sido hasta poco antes punto de encuentro de jóvenes y espejo de fuegos artificiales. El agua se evaporaba a borbotones de niebla, y los peces dormían amodorrados en las orillas de sombra.

Fue hasta la gran torre del agua, el mayor monumento del pueblo. Vio una escalera adosada al muro circular. Inmediatamente, comenzó a trepar; con dificultad al principio, con férrea determinación y ágiles zancadas cuando se acostumbró al esfuerzo.

Cuando llegó arriba, el aire enrarecido de la altura le hizo aspirar grandes bocanadas, mientras luchaba por vencer el mareo. Sus ropas estaban chorreando sudor, por lo que, ante la consciencia de estar absolutamente solo en el mundo, se despojó de ellas. Abrió los ojos, y miró hacia abajo.

Todo el ancho mundo se extendía a sus pies. El parque amarillento, punteado del verde de los pinos y las encinas solitarias. Los pisos vacíos, como colmenares en desuso, secos de miel endurecida. El parque del este, con su amenaza de muerte en forma de privatización del ocio, futuro campo de golf. La raya ominosa del TAV hendiendo el monte secular. El arroyo convertido en una acequia hedionda, y, más atrás, las vaquerías prestas a ser arrasadas por el PGOU.

Sintió una voz melosa a sus espaldas, mientras una sombra oscilante parecía querer materializarse. Percibió un fuerte olor a manos untuosas de sudor rancio, el reconocible olor del dinero. Y oyó con claridad la añeja propuesta: “Te daré todo eso si postrado me adoras”.

Al día siguiente, un pastor que guiaba un rebaño sediento y escuálido lo encontró sentado en el borde del lago, desnudo, con los pies en el agua, murmurando frases incoherentes. Un golpe de calor, dijo el médico.

LA CASA DEL PESCADOR

Marina Barrio Alonso

A Claude Monet, in memoriam

Imagino su presencia...

...donde el aire entre las ramas
se desliza insinuante,
ya rozando las retamas
o silbando suavemente.

En el risco envirotado...
...donde el sol del mediodía
refleja sus fantasías
y se ofrece complaciente.

Y en lo alto su morada...

A lo lejos los veleros...
...como blancas mariposas,
que aletean jubilosas
y se posan mansamente.

Tonos verdes primavera,
ocres, tierras, amarillos
mezclados uno por uno,
blanco y azul, cielo y mar.

Los colores que me llevan
al pescador silencioso,
a imaginar su presencia
y a sentir su libertad.

RETRATO INTERIOR

¡Cuando cesa el beso, brota el canto!

PAUL CLAUDEL

La música lo cubre e inunda todo,
le atrapa el corazón en dulce sueño,
cuando el genio le despierta a medianoche
y vaga por la estancia aún en silencio.

Ha cruzado el umbral entre penumbras
y ha rozado su cuerpo suavemente,
traspasando el misterio de la vida,
penetrando en el mundo de su mente.

Donde habitan promesas de sonidos,
que aún abstractos, sin leyes e inconstantes,
toman forma y se ordenan en escalas,
dirigidos por la magia de unas manos,
del espíritu que crea, al pentagrama.

SILENCIO DE UN POETA

...Y de acuerdo con el intelecto humano nuestro poeta es el soberano, pues no sólo muestra el camino, sino que ofrece una perspectiva tan placentera del mismo que tentará a cualquiera a entrar en él.

Defensa de la Poesía (SIR PHILIP SYDNEY, 1554)

Poeta, ¡oh poeta...!
¿El sueño se acabó?
¿Te ha vencido el desánimo?
¿Ya enmudeció tu lira?
¿Tu musa te dejó?

Acércate, poeta,
tomemos la palabra,
juntemos nuestras manos,
sintamos a Calíope
nacer de nuestros labios.

Poeta, ¡oh poeta...!
Escucha en el silencio...
Contempla en mi mirada,
el dulce despertar
de tu recuerdo.

FANTASÍA

*Para ver el mundo en un grano de arena
y el cielo en una flor silvestre,
ten el infinito en la palma de la mano
y la eternidad en una hora.*

WILLIAM BLAKE, 1757

Tú, que te dedicas a buscar
granitos de arena en el desierto,
estrellas perdidas en el cielo
y conchas olvidadas en el mar.

Tú, que te dedicas a crear
mitológicas sirenas en la tierra,
libélulas brillantes en el aire
y sonrisas en bocas de besar.

Tú, que te dedicas a soñar
luminosas primaveras en invierno,
inocente candidez en unos ojos
y miradas complacientes retornar.

Tú eres el poeta de la noche,
el genio de la lámpara encantada,
el mago de los cuentos de mi infancia,
el lucero que brilla sin cesar.

NATURALEZA MIA

*El mundo se hace sueño,
el sueño se hace mundo.*

NOVALIS

Camino despacio por senderos nuevos
llenos de misterio...
A mi paso el aire, silente me envuelve y...
respiro hondo...
Las sombras que extienden su tupido velo,
sutiles y etéreas inundan mi cuerpo y...
respiro hondo...
No estrecho los brazos tibios de la tierra,
no sueño con ella...
ni siento la lluvia mojar mis cabellos,
ni rodar por ellos...
En mi mente habita un silencio denso...
No oigo mis latidos, no escucho mis venas.
...Casi entre penumbras y en un duermevela
una fuerza inmensa, me empuja... me eleva...

GRAN VÍA

XL Ferreiro

Madrid, 12 de Enero 2003

Mi querida ausente, me animo a escribirte esta carta abierta porque sé que la leerás; a diario tu mirada se oculta tras “El País” mientras te observo.

Tenías unos dieciocho años, el pelo recogido en una trenza azabache, los ojos brillantes y oscuros, cubriendo de luz una sonrisa tímida. De tu bolsón de cuero sacabas un libro forrado en el que te sumergías, abandonando a todos los naufragos de sueños que esperábamos una mirada.

La dulzura amarga de tu primer embarazo, la alegría del segundo y aquel viernes que te presentaste con dos niños charlatanes y felices, cruzan el pasado de mi memoria arrastrando los más de cuarenta años que ahora nos cubren.

Hoy, después de veinticinco años compartiendo mañanas de sueño y tardes de urgencia, después de eludir cambios de horario, posibles ascensos e inmejorables destinos, que me impedirían tu encuentro, me veo obligado a aceptar lo irremediable.

Cuando acabes de leer esta carta, podrás bajar el periódico, mirar a tu alrededor y yo no estaré observándote. Tal vez

no me eches de menos, tal vez sí, pero ya se habrán separado para siempre nuestros caminos.

Ninguna mañana, a las 7,15 h., estaré esperando tus pasos rápidos en el andén del Metro, para entrar junto a ti en el segundo vagón, estación Gran Vía.

LAS LETRAS DEL AMOR

Yo sé que el amor
tiene letras diferentes,
como las canciones gastadas
y las palabras de los cuentos olvidados.

Algunas veces decimos lo imposible
para que TÚ, que estás al otro lado,
sepas de mi dolor recién abierto.
Para que de las hojas abrasadas
mastiques el olor a sol de Marzo
mientras la primavera se derrama.

Yo sé que el amor
tiene pasos a destiempo
y se cruza de brazos cuando sueñas
y te despiertas siempre al otro lado
de una cama desierta y en ruinas.

Miramos tercios abajo y de soslayo
esperando que lluevan maravillas.
Dejamos que nos cubra el calendario,
que las hojas mustias mueran en invierno.
Es luego que asomamos la cabeza,
vemos a lo lejos el tren del último suspiro
y no tenemos billete de regreso.

LOS AMIGOS VIEJOS

Al otro lado del espejo,
donde no hay tiempo,
donde no hay días para contar:
tal vez resida el paraíso.

Tal vez los deseos
no sean necesarios,
ni la satisfacción
que da un regreso.

Tal vez no exista olvido
y los recuerdos
no puedan sorprendernos,
como los niños.

Al otro lado del espejo,
donde las manos son tibias,
como de espuma celestial
y pájaros de nieve.

Tal vez los amigos
sean centenares
y los apartes, para dormir
a pierna suelta.

Tal vez no sean necesarios,
ni un vino tierno, el fin de semana,
nos acerque a la guerra fugaz
de los veinte años.

Aquí abajo, muy abajo,
donde la tierra duele,
y las sombras se mueren
cada noche de invierno.

No existe otra vacuna
contra los golpes canallas,
que la presencia tenaz
de los Amigos viejos.

ÍCARO DE SUEÑOS

Deja que yo vuelva
al camino mustio
por donde galopan
vientos de secano.

Deja que mi mano
pierda la ternura
y sangren las uñas
por amar la piedra.

Deja que la hiedra
del dolor amargo
cuaje mi garganta
por decir tu nombre.

Dejo de ser hombre
para ser ausencia,
para ser herida,
cicatriz, olvido.

Tulipán herido
por la primavera
fue mi corto vuelo
hasta tu mirada.

Arranqué la nada
de tu paraíso,
Ícaro de sueños,
pedante de amor.

CUENTO DE OTOÑO

José Aceituno

Aquel bosque era perfecto. Cientos, miles de esbeltas hayas se extendían en aquella altiplanicie de la sierra, y bajo sus ramas extendidas, como brazos protectores, un suelo tamizado de hojas doradas se prolongaba hasta donde mi vista podía alcanzar. Todo invitaba a pasear: el piso mullido por varias capas de hojas, la ausencia de brezos o retamas, que son tan frecuentes en otros lugares y que hacen tan trabajoso el caminar, la perfecta separación entre los árboles, cual si ellos mismos respetasen la intimidad del vecino mejor que la previsora planificación de un jardinero. Aquel día de otoño había comenzado un tanto desapacible, pero ahora, cruzando el bosque por aquella carretera secundaria, apenas si se notaba el viento, seguramente detenido por aquella inmensa masa de árboles. La lluvia también había amainado hasta no ser más que un débil chirimirí. No pude resistir la tentación, detuve mi vehículo, tomé la cámara fotográfica y plácidamente me dispuse a explorar aquel paraje.

Al internarme bajo la espesa capa de ramas fue como si se traspasara el telón que daba paso a un escenario infinito. La luz allí no bajaba del cielo plomizo, sino que brotaba cálida

y tenue del mismo suelo, del anaranjado tapiz de hojas caídas que ahora brillaban con la lluvia. Lentamente mis ojos se fueron acostumbrando a la suave penumbra, comencé a distinguir los detalles de cada tronco, las suaves ondulaciones del suelo, el acompasado vaivén de las hojas cuando el viento lograba escurrirse entre los árboles. De vez en cuando formas caprichosas de roca caliza emergían de la hojarasca y llenaban de misterio el horizonte, dividiendo el espacio en íntimos rincones. De entre la capa de suave musgo que las cubría quedaba a veces al descubierto la roca desnuda, con un blanco fantasmal que fosforescía bajo las sombras del ramaje. Me senté en una de aquellas piedras para sentir el silencio. No se escuchaban los pájaros en aquel día de lluvia. Antes sí los había visto en grandes bandadas sobre el asfalto de la carretera, muy excitados y peligrosamente remisos a levantar el vuelo al paso de mi vehículo, alborotados por el regalo de multitud de hayucos que el fuerte viento de la noche anterior había depositado sobre la carretera y las ruedas de los coches al pasar abrían como cascanueces. Tan sólo quedaba roto el silencio por el crujir esporádico de alguno de aquellos troncos tan rectos que seguían subiendo y subiendo hasta perderse de vista entre las espesas ramas. Quedé sorprendido al comprobar que no era un ruido sordo y monótono, como el del mástil de una embarcación que resiste los embates del viento, no, aquel crujido era el de alguien vivo, era más bien un chillido diferente en cada árbol. Pensé que las hayas se hablaban entre sí, o tal vez que-

rían decirme algo. Su tronco, con el sudor de la humedad que lo impregnaba todo, parecía ahora mas plateado y hermoso. Toda la base de los troncos se cubría también de musgo como el de las rocas a las que se abrazaban sus poderosas raíces. Junto a mí, el tocón de un antiguo árbol, cortado varios años atrás, servía de pequeño universo vital para toda una familia de musgos, diminutos plantones de nuevas hayas y un rosario de pequeñas setas. Acaricié con la mano las suaves campanillas anaranjadas de estas últimas procurando no romper sus delicados pies.

Estaba eufórico y lleno de paz al mismo tiempo. Me levanté decidido a recorrer mi nueva casa, quería conocer todos sus secretos, estar en todas sus habitaciones, abrir cada ventana a un patio diferente y desde cada balcón volver la vista atrás sobre mis pasos anteriores. Sonreí al recordar cuando en mi infancia corría tras las mariposas para conseguir atrapar para siempre aquellos colores tan increíbles de sus alas. Aquello de mi niñez terminó con una insolación, así que ahora iba a ser sensato, me dije a mí mismo. Consulté la brújula y sopesé la posibilidad de volver al coche para alejarme a lugares diferentes o quedarme allí y no perder el embrujo del momento mágico. Acababa de ver los indicios de una senda, ahora toda cubierta por las hojas, y al final pudo más la atracción de mi curiosidad que me empujaba a seguirla. Rápidamente tracé planes para el recorrido, recordando la topografía del terreno que anteriormente había consultado en el plano "... Sí, seguiré la senda hasta llegar a

la carretera principal que atraviesa el bosque de norte a sur, de modo que bastará seguir hacia el oeste para encontrarla, luego bastará retroceder hasta llegar a la intersección con la carretera secundaria y desde allí sólo es cuestión de andar hasta regresar al coche”. Todo está en orden y feliz me pongo a andar, ahora a paso más vivo para entrar en calor.

El camino da vueltas y más vueltas de forma caprichosa y, cuando se eleva por una ladera tras la que ya se atisba la claridad del cielo, me supongo que al otro lado voy a encontrar esa maldita carretera que hace rato debería haber aparecido. Pero al otro lado nada, de nuevo el camino desciende sumergiéndose en el bosque tomando una nueva dirección de forma anárquica. Consulto mi reloj. Aún me queda tiempo suficiente para volver antes de que anochezca, pero la vuelta me parece ahora demasiado pesada. ¡Bah! Estoy tranquilo. No pasa nada. Pero noto que mi paso se acelera cada vez más y esa condenada carretera hacia la que me dirijo parece haber desaparecido tragada por una de esas misteriosas simas que antes había observado entre las rocas. Caigo en la cuenta de que después de tantos cambios de dirección en este camino puedo estar dirigiéndome de forma paralela a la carretera, de forma que nunca llegaré a ella. Pero aún no estoy dispuesto a perder la confianza y lanzarme a atravesar el bosque en línea recta, a la desesperada. Copiosas gotas de sudor descienden por mi frente hasta los ojos nublándome la visión. Me limpio la frente y los labios con la mano, sin dar tregua a lo que ya se ha convertido claramente en una

apresurada carrera. Finalmente el camino desemboca en un enorme raso donde unas decenas de ovejas comen con prisa, en medio del tintineo constante de sus esquilas. Miro a un lado y a otro y el bosque lo rodea todo.

Me siento ya desanimado, pero pienso que el camino ha de salir por algún sitio del raso para seguir hasta la carretera o algún otro camino principal, porque los pastores lo han de utilizar. Un poco más allá descubro unas rodadas sobre el barrizal de un charco y lo sigo hasta recobrar de nuevo la pista del camino. El rodal entre el bosque se hace ahora muy marcado y vuelvo a tranquilizarme. Descubro en la lejanía la silueta de otra persona que camina en la misma dirección que yo. Bueno, finalmente no estoy solo, me digo con alivio. Ya sabía yo que sucedería como otras veces, tarde o temprano acabo encontrando la senda que también recorren otras personas.

Es curioso, la persona que me antecede también lleva un chubasquero del mismo color que el mío. Yo diría que su silueta me resulta familiar. Tonterías, ¡cómo voy a encontrar una persona conocida en estos parajes solitarios y tan alejados de mi ciudad! A estas horas de la tarde mi miopía me gasta ya bromas pesadas y sin gafas más que ver las cosas yo diría que las adivino. Esa persona parece ir al mismo ritmo que yo y cuando apresuro el paso para darle alcance parece también acelerar el suyo. A veces tras una cuesta me detengo para recuperar el aliento y observo con estupor que él también se detiene, yo diría que me espera.

La situación cada vez es más extraña y una idea alucinante empieza a perforarme el cerebro. ¡Pero eso no puede ser! No me puede estar pasando a mí y justo en este momento tan inoportuno.

Pero las sospechas son cada vez más evidentes. Creo que estoy teniendo una alucinación. Ahora recuerdo que antes acaricié con mi mano unas setas del bosque y después, al limpiarme el sudor de la cara, también las pasé por mis labios. He oído decir que algunos hongos aunque no llegan a ser mortales producen alucinaciones. Lo que yo creía estar viendo desde hacía un buen rato era tan sólo un espejismo; mi mente, ayudada por el alucinógeno, estaba proyectando mi propia imagen en el fondo del bosque, plasmando un deseo inconsciente de encontrar compañía.

Así que había malgastado inútilmente mis energías tras una imagen inexistente. Me dejé desplomar sobre el lecho de hojas y, recostado sobre el grueso tronco de un haya, me sentí desfallecer. Ausente, mi vista comenzó a recorrer el bosque. La fina lluvia había terminado por transformarse en una suave neblina que ahora ocupaba todos los huecos del bosque haciéndolo si cabe más íntimo y acogedor.

Tras la cortina de niebla de pronto surgió aquella figura. Pero ahora no podía ser un espejismo, porque lentamente avanzaba hacia mí. Sí, no cabía duda, yo le reconocía, aquella figura me era algo más que familiar. Desde hacía algún tiempo, a menudo al afeitarme por las mañanas y mientras estudiaba mi cara tras el espejo, recordaba vivamente el rostro de mi padre y añoraba su figura risueña y pacífica.

Ahora en la madurez nuestro rostro se parece cada vez más al que recordamos de nuestros padres. Sí, aquella figura que se acercaba hasta mí no podía ser otro que mi padre, ya adivinaba su pelo canoso que rodeaba su calva tan brillante. Pronto oiría su voz familiar: “Hijo mío, ¿qué haces aquí?”. El corazón me dio un vuelco y comenzó a latir aceleradamente. Porque aquel rostro que ya se inclinaba hacia mí para tenderme la mano no era el de mi padre. ¡Aquel rostro era YO! Al cerrar los ojos sentí que un calor súbito ascendía hacia mi cabeza y que toda mi mente se hundía vertiginosamente en un hoyo sin forma y sin final.

No puedo precisar el tiempo que duró mi desmayo, pero sí recuerdo la placentera sensación de flotar sobre el suelo y, cogido de mi propia mano, sentirme arrastrado a través de los árboles, entre los troncos, saltando por encima de las rocas, deslizándome por entre las hermosas ramas de las hayas que se extendían paralelas al suelo, hasta tocar las de sus vecinas; ascendiendo hasta las copas más altas para verlas mecerse y sentir la fuerza del viento que, libre de ataduras, se desplazaba por encima de ellas.

El frescor de la brisa me despertó. Al abrir los ojos, contemplé como esa misma brisa empujaba la niebla más y más lejos hasta hacerla desaparecer. Tras unos momentos de desconcierto, acerté a ver el talud de la carretera. Sí, allí estaba mi tan ansiada carretera asfaltada. Me incorporé rápidamente y en unos cuantos pasos llegué hasta ella. Grande fue mi sorpresa al reconocer el lugar. Efectivamente a poco más de

cien metros encontré mi coche aparcado en el lugar de donde había partido. Habían transcurrido casi cinco horas desde que me interné en el bosque. Pero..., ¿realmente había estado deambulando por el bosque todo ese tiempo o todo había sido un sueño?

Ha transcurrido bastante tiempo desde aquellos sucesos, pero los recuerdos siguen aún muy vivos en mi mente. A veces, cuando al despertar consigo recordar el sueño, descubro que he estado de nuevo allí. Veo el bosque, pero no exactamente como entonces, sino que percibo cómo cambia su aspecto con el paso de las estaciones. Me veo entre las hayas desnudas, sobre el suelo blanco de nieve y otras veces veo también como al llegar la primavera miles de brotes viran lentamente del color pardo hacia un verde esperanzador, disfruto del frescor de su sombra durante el calor del verano, para de nuevo ilusionarme con la explosión de color del otoño. Es como si alguien desde allí me narrase todos los sucesos desvelándome todos los secretos del bosque.

Creo haber leído en alguna parte que los consumidores de drogas alucinógenas sufren un desdoblamiento de la personalidad que a veces persiste durante mucho tiempo. En cualquier caso es una tontería pensar que los sucesos de aquella tarde tan extraordinaria fuesen fruto de un leve roce con la mano sobre un hongo venenoso. Más bien supongo que fueron fruto del cansancio.

Pero... y si no fuese así, ¿cuál de mis dos yo se quedó para siempre en el bosque?

CANCIÓN DE CUNA

Juan María Van Drell

La noche estrellada
de diamantes dormidos,
la niña que duerme
sus anhelos de lirios.

¡Ay que viene el coco!
Y se lleva a las niñas
que duermen poco.

La cuna es goleta
con velas de sueños.
La madre es la nube,
sus manos, el viento.

Ángeles dormidos
del cielo bajaros,
la niña se duerme
por no despertaros.

¡Ay, que viene el coco!
y se lleva a las niñas
que duermen poco.

Olores de nardos,
se durmió la nena.
Murmullos de hojas.
¡Hablad en voz queda!

La niña se duerme
con anhelos de lirio,
las ramas son alas
de un ángel dormido.

Se durmió la niña,
el coco no viene.
La luna es de jade,
se durmió la madre.

ENERO 1939

Encuentro en la plaza,
el repique alegre de una campana
volaba tímidamente
sobre la plaza silenciosa,
huera, vacía, callada, polvorienta y vieja.
Unos ojos misteriosos, ávidos y oscuros,
atisbaban curiosos
a través de la celosía
de las ventanas cerradas.
Por el callejón, con paso cansino,
apareció un mozalbeta hastiado y triste,
cubierto con un tabardo gris
de joven miliciano,
soñador de quimeras
y equilibrios sociales,
que por soñar demasiado
se perdió en la batalla
y se quedó solo.
Al otro lado de la plaza, caracoleó un jinete
altivo, soberbio, engreído.
Adornado con estrellas y galones,
cargado de amuletos y medallas de hojalata,
seguido de una horda
de famélicos soldados

harapientos y sucios,
invasores de cien pueblos
del camino retorcido de la guerra.
Portadores de oriflamas y pendones,
y banderas negras manchadas de sangre roja.
¡Ellos son los vencedores!
Y el joven, que se quedó solo en la batalla.
¡El vencido!

MI NOMBRE ES MARLOWE

José Miguel González

Mi nombre es Christopher Marlowe. Mis amigos me llaman Kit. Nací en 1564 en Canterbury, fui un niño listo y pobre. Gracias a ello pude estudiar con una beca. También canté en el coro de mi pueblo, dirigido por un amable músico que venía de unas islas afortunadas. Luego, la experiencia del coro me fue de gran utilidad para entrar en la Universidad de Cambridge, dado que en el examen de ingreso había que cantar una canción en latín.

Entré en uno de los *colleges* más prestigiosos, el del *Corpus Christi*, aunque, la verdad siempre me tiró más el *corpus*.

Desde muy joven sentí auténtica pasión por la literatura. Estando aún en Cambridge, traduje entre otros *El arte de amar* de Ovidio, una obra deliciosa; le he pedido a José Miguel, un admirador mío, que os traduzera algunos párrafos de mi traducción:

¡Qué aptos sus pechos para que yo los acaricie con ahínco, que suave su vientre, qué largas sus piernas, qué deliciosos sus muslos!

Ovidio decía cosas que me convirtieron en poeta para siempre:

Que la fama de los poetas dure para siempre porque la poesía es inmortal y el poder del poeta es infinito y no se puede medir con las medidas de este mundo. Que los reyes dejen sitio al verso, buscadme en el pecho de los amantes tristes.

Y luego toma un tema que va a perseguirme a lo largo de mi breve existencia: dios. Dice nuestro poeta:

Dios es un nombre temido en vano, porque no es algo real y, si hay un dios, seguro que le gustan las chicas armoniosas y ardientes. Los dioses tienen ojos y corazón como los hombres. Si yo fuera dios, dejaría que las mujeres me engañaran con ojos mentirosos.

El arzobispo de Canterbury quedó escandalizado con mi traducción del *Arte de Amar* y ordenó que se quemaran todos los ejemplares. Pero aquel incidente no impidió que yo siguiera cultivando mi vena lírica. Con veinte años compuse una obra que llamé *El pastor apasionado*:

*Ven y te procuraré lechos de rosas
y si estos placeres te conmueven,
ven y sé mi amor.*

Más tarde escribí un poema basado en la historia de *Hero y Leandro*, un amor imposible:

¿Alguien amó sino a primera vista? No se ganan doncellas usando fuerza bruta, sino con palabras plenas de gusto y delicadeza.

En aquellos día de intrigas políticas y enfrentamientos entre católicos y protestantes, el Servicio Secreto jugaba un papel clave. Yo fui reclutado en Cambridge por Sir Francis Walsingham.

Mi primer trabajo fue en Francia, cuando tenía 21 años. Puse mi granito de arena para frustrar las intenciones de Mendoza, el embajador español en París, que había urdido un plan para eliminar a la reina Isabel y poner en su lugar a María de Escocia.

En París había tenido lugar en 1572 la terrible noche de San Bartolomé en la que 3.000 hugonotes, niños, mujeres, ancianos incluidos, fueron masacrados por los católicos y las aguas del Sena bajaban rojas de sangre. Yo conocía bien esta historia, porque siendo niño, muchos refugiados franceses fueron a vivir a Canterbury.

Con 23 años me trasladé a Londres y empecé a moverme en el ambiente de actores y dramaturgos. Años más tarde escribí una obra sobre la noche de San Bartolomé que llamé *La masacre de París*, protagonizada por el duque de Guisa, el líder de los católicos, cuyas palabras revelan al personaje:

El peligro es el auténtico camino a la felicidad. Cortad las cabezas y las manos de los hugonotes y se las mandaremos al Papa de regalo.

El enfrentamiento entre Inglaterra y Francia es el auténtico telón de fondo de la obra:

España es la antecámara del Papa, allí se decide la paz y la guerra. Yo, duque de Guisa y el rey Felipe de España, haremos que los indios arranquen las doradas entrañas de América.

Yo había nacido el mismo año que Sir Walter Raleigh, pirata y poeta excelente, entre otras muchas cosas; él me invitó a unirme a un grupo de nobles e intelectuales, donde había matemáticos, astrónomos, exploradores, filósofos y poetas. Nos apodaban *La escuela de la noche*, porque amábamos el conocimiento esotérico y nos reuníamos en secreto.

El teatro fue para mí como un salón con mil ventanas que me permitió asomarme al exterior, fue una fuerza libérrima que dió rienda suelta a la jauría de mastines que llevaba dentro. Rienda suelta a toda la belleza convulsa y al lirismo ardiente que crecía en silencio en mi interior.

Escribí dos obras sobre *Tamerlán*, el pastor que conquistó Asia, un artista de la crueldad, que sacrifica a todas la jóvenes de Damasco, quema la ciudad en que su amante muere, mata a sus propios hijos por cobardes, conquista Babilonia y ahoga a todos sus habitantes en un lago, marcha triunfalmente en un carro tirado por reyes cautivos y se pega un magnífico banquete frente a un sultán que ha encerrado en una jaula. En fin, una joya.

Tamerlán estaba orgulloso de su apodo *El verdugo y la cólera de dios* y se pregunta “¿de qué molde o metal he sido hecho, qué estrella me gobierna?”.

Me gusta mucho el personaje del hijo pacifista (Caifás):

Ni me produce placer asesinar, ni me interesa la sangre, cuando el vino puede saciar mi sed. Mi sabiduría excusará mi cobardía. Temo sus espadas y sus cañones tan poco como a una muchacha desnuda en una red de oro.

Cuando apareció mi *Doctor Fausto*, mis contemporáneos dijeron que era mi autobiografía y que yo había vendido mi alma al diablo. Es cierto que me gustaba blasfemar, era un ateo de corazón y cuando bebía una copa de más, decía, sin cortapisas, lo que se me pasaba por la cabeza. Me acusaron de haber dicho que Cristo no era hijo legítimo, que su madre era poco casta, que los milagros de Jesús eran humo y que Juan era algo más que su discípulo favorito. También hubo quien dijo que yo había declarado:

Todo aquel al que no le gustan el tabaco y los chicos es un idiota.

Como acabo de sugerir, puede que dijera algunas de esas cosas, pero desde luego, después de haber tomado muchas pintas de cerveza. Otros sostuvieron que mi máscara blasfema no era más que una tapadera para encubrir mis actividades secretas.

Pero sea Fausto quien sea, siempre me sentiré orgulloso de aquel monólogo en que dice:

Sólo te queda una hora de vida y luego estarás condenado para siempre. Detenéos, esferas del cielo, que cese el tiempo y no llegue jamás la medianoche, que esta hora sea un año, un mes, una semana, un día. ¡Montañas y colinas, venid y cubridme, escondedme de la cólera del cielo, que Fausto viva en el infierno mil años, cien mil años y al final se salve! Las bestias son felices, pues nada más morir sus almas vuelven a transformarse en elementos ¡Alma mía, conviértete en moléculas de agua y cae al océano, para que nadie te encuentre.

Luego escribí *El judío de Malta* y tuve que escribirla con cuidado, porque la censura tenía la fea costumbre de romperle los dedos a los escritores si sus obras eran peligrosas.

Barrabás, el protagonista, no se anda con chiquitas. Cuando le viene bien, envenena a la monjas de un convento. Es un cínico:

El dinero no puede comprar el amor, pero mejora tu posición negociadora. Su criado dice de él: mi amo esconde el dinero como las perdices esconden los huevos, bajo la tierra.

Pero dejemos que sea el propio Barrabás el que nos cuente sus hazañas:

Paseo por las noches, remato a los enfermos que se quejan y, a veces, enveneneno pozos. En la guerra entre Francia y Alemania, bajo el pretexto de ayudar a Carlos V, asesiné amigos y enemigos.

Luego me hice usurero y en un año, gracias a mí, rebosaban las cárceles de gente arruinada, los hospitales de huérfanos y los manicomios de locos. Más de una vez logré que alguno se ahorcara de pena. En fin, gracias a mis buenas obras tengo tanto dinero que podría comprar la ciudad entera.

Como habréis comprendido fácilmente yo soy Tamerlán, Fausto y Barrabás. Pero también soy Eneas cuando le dice a *Dido*, reina de Cartago:

Tus radiantes ojos serán mi espejo, tus labios el altar donde ofreceré tantos besos como las innúmerables arenas del mar, tus palabras serán más dulces que la música, tus miradas serán mi biblioteca.

Una de las mejores cosas que me pasó en la vida fue la oportunidad de ser amigo de Will Shakespeare. Aunque nacimos el mismo año, yo empecé a escribir poesía y teatro unos pocos años antes que él. El reconoció mi huella en algunas de sus primeras obras, como en la refinadamente cruel *Titus Andronicus* o en el malvado *Ricardo III*, deudor de algunos de mis mejores malvados. Pero Will supo volar luego con sus propias alas hasta alturas nunca imaginadas. Fue el mejor de todos nosotros y, a lo mejor, este pequeño planeta no volverá a conocer otro tan grande como él. Me consta que usó en *Hamlet* una metáfora mía sobre “la muerte, ese país desconocido”, y eso me llena de satisfacción.

Como podéis imaginar escribo estas líneas desde el infierno, que, por cierto, es un sitio lleno de gente interesante.

Hasta aquí me han llegado noticias de que tras mi muerte el único que habló bien de mí fue Will. Dijo una cosa inolvidable:

Cambiaría todas las obras que voy a escribir por una sólo de las que Kit Marlowe nunca escribirá.

En Mayo de 1593, cuando tenía 29 años, después de un largo día en una taberna al sur de Londres y estando en no muy buena compañía, se produjo una discusión entre Ingram, uno de los presentes, y yo. Salieron a relucir los puñales y, según se dijo, Ingram me mató en defensa propia. Naturalmente, esa versión era una farsa. Me mató el Servicio Secreto porque sabía demasiado. O lo que es más triste, a lo mejor me mataron mis propios amigos porque podría hablar más de la cuenta después de una dosis adecuada de tortura. Algunos dicen que no me dieron muerte sino que logré huir a Italia, dondé escribí los sonetos de amor de Will (a él también le gustaban las chicas y los chicos) y algunas de sus mejores obras, desde luego las que transcurren en Italia. Ni caso.

Ingram fue perdonado al cabo de ¡28 días! por la reina. ¡Admirable! Volvió inmediatamente al servicio de Walsingham, el que me reclutó para el Servicio Secreto en Cambridge. Algo huele a podrido en Inglaterra.

LA TIERRA

Lorenzo Martín Cantera

Aún quedan palabras
para construir algo nuevo,
para montar un poema
para escribir una canción,
habrá que buscar razones
miradas y gestos,
que pongan razón en locura,
que abracen el agua y el viento.
Podemos volar sobre las nubes,
podemos fundir el hielo con las manos,
y no podemos curar el mar.
Cuando la nieve no cubra mi casa,
cuando el viento no seque mi cara,
buscaré el final de la llama,
acariciaré la raíz del espejo del lago,
de la mirada encontrada.
La tierra surgirá de nuevo
cuando nosotros
no podamos hacer nada,
cuando se relaje la noche,
cuando se apague el aire,
cuando el agua peine la hierba,
de los secados valles.

PARA TI

Para Menchu. (28.01.2007)

Eres el brillo en la gota del mar

Eres la huella que dejo en la arena al pisar.
Eres la última hoja del otoño en caer.
Eres el copo de nieve que toca mi piel.
Eres el día de otoño que tanto soñé.
Eres el último rayo de sol.
Llevo en mis manos el frescor de tu piel.
Me robas la prisa y me quitas la sed.
Al mirarte recuerdo mi lejana niñez.
Espero impaciente la mañana para volverte a ver.

LA LUNA EN LAS MANOS

En las aguas de aquel lago
se esta la luna bañando,
escondido tras las ramas
muy quieto la estoy mirando.
Que no se vaya la luna
que no se esconda llorando,
se perfuma su cabello
con flor de olivo y castaño.
Su esponja son suaves nubes
su jabón rizos de nardo.
Con las palmas de mis manos
a la luna le pongo un lago,
para que lave su cara
para que bañe su encanto.
Le comprare una goleta
para que no canse,
sus pies descalzos.

CANCION FUTURA

Tengo pendiente escribir una canción,
para negar que te amo, que te amé, que te amaré,
para negar que me arrancaste la piel
para negar tu olvido.

Tengo pendiente escribir una canción,
para contar que te amo, que te amé, que te amaré,
para contar cómo me arrancaste la piel
para contar con tu olvido.

Me confundes, me abrumas, me trastornas.

Te confundes, exageras, te equivocas.

Tengo pendiente tomar un tren,
para alejarme, para alejarte, para acercarme a ti,
para unirme, para soldarme, para fundirme a ti.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA NO LO SABE

Ana Vicioso Ruiz

Antonio Muñoz Molina no lo sabe, pero él ha contado mi vida en sus libros. Ni siquiera sabe que existo y, sin embargo, parece conocerme tan bien como si fuéramos amigos de la infancia. A veces creo que ha penetrado en mi cerebro robándome hasta el último pensamiento.

Lamentablemente, nunca he podido acercarme a él para decirle que me he alimentado de sueños; aunque no hacía falta, porque Antonio confiesa exactamente lo mismo en “Sefarad”. Soñando me he trasladado a mi Cádiz natal, cuando aún era una niña y caminaba de la mano de mis padres volviendo a casa después de haber pasado el domingo en la de mis abuelos maternos, mientras mis ojos percibían con toda claridad las *bombillas débiles en algunas esquinas y lámparas que colgaban de cables tendidos en las plazas*. Antonio recorría las calles de su Mágina-Úbeda y yo hacía el camino desde la calle de José de Dios hasta la de Conde de O’Reilly, después de atravesar la plaza de España, tan impresionante por la noche desde la solidez blanca y pétreo del monumento a las Cortes de 1812.

Como ese Antonio niño que narra sus vivencias en “El viento de la Luna”, era retraída y a la vez capaz de entusias-

marme por casi todo. Los años de colegio y, más tarde, de instituto fueron de los más felices de mi vida. Tuve unos profesores magníficos a los que sigo recordando y agradeciendo que despertaran en mí una insaciable curiosidad por aprender. Además de mi familia, llenaban mi vida las amigas, primero como compañeras de juegos y luego como cómplices y confidentes en los años de adolescencia. Tan locas por el cine como Muñoz Molina, veíamos todas las películas que podíamos en salas que fueron desapareciendo poco a poco y que jamás olvidaré, como el cine Gades, el Andalucía...

También me apasionaba leer por la noche en la cama, apurando los minutos hasta el momento en que mi madre aparecía para ordenarme que apagara ya la luz, que era muy tarde y mañana tenía que madrugar. Y la omnipresencia de la radio durante toda mi niñez: me recuerdo sentada junto a mi abuela materna, con su pelo entrecano de grandes ondas, aún tan espeso, recogido en un moño sobre la nuca, siempre vestida de medio luto, tan alegre, absorta en uno de sus seriales favoritos mientras apretaba la flexible y larguísima antena propia de los aparatos de radio de la época. Para mi imaginación infantil, eran unos artefactos mágicos en cuyo interior existía un mundo en miniatura poblado de seres minúsculos de los que procedían las voces y las músicas.

Muñoz Molina no lo sabe, pero vuelve a plasmar mi vida en “Sefarad” porque siendo una adolescente también me encerraba en una habitación de mi casa para estar a solas con mis discos, mis libros y mis primeros y torpes poemas.

En ese cuarto y sin tener ni idea de su existencia ni de sus estados de ánimo, compartía con él la doble sensación de sentirme apartada y protegida. Desde mi balcón podía *asomarme a la anchura del mundo, hacia donde yo quería huir cuanto antes* para ser completamente libre.

No podría decir desde cuándo y por qué nuestras vidas han discurrido de forma paralela, pero sí que al sentir en mi rostro “El viento de la Luna” me he visto, como el escritor, sentada frente al televisor en blanco y negro aquella madrugada del 21 de julio de 1969, sin perder ni un ápice de entusiasmo por el espectáculo inédito al que iba a asistir a pesar de los continuos retrasos debidos a complicaciones técnicas. Con anginas, febril y arrebujada en una manta aunque estábamos en pleno verano, contemplaba fascinada un acontecimiento que no podía perderme por nada. Han tenido que transcurrir muchos años para enterrarme de que Antonio y yo nos hacíamos mutua compañía a pesar de que creyéramos estar solos, mientras veíamos en la paleta rectangular de blancos, grises y negros cómo el astronauta Neil Armstrong saltaba por fin desde la escalerilla del módulo lunar y posaba los pies en el Mar de la Tranquilidad, a la vez que pronunciaba su famosísima frase, otro hito para la Historia.

De verdad que el escritor y yo jamás nos hemos visto, pero nadie me ha conmovido como él al relatar sus primeros años en Madrid, recién llegado de Andalucía, porque sus vivencias eran las mías propias. Sobre las líneas de “Sefarad” he viajado hacia atrás en el tiempo y experimentado hasta el

dolor esa *desolación* de los domingos por la tarde, cuando abandonaba mi habitación alquilada y, acompañada por las primeras amigas que había hecho en la capital, llamaba por teléfono a mi familia desde una cabina del locutorio de Telefónica en la Gran Vía, por aquel entonces Avenida de José Antonio. Era el tiempo en que mi madre me daba ánimos para enfrentarme a mi nueva vida madrileña y mi padre me llamaba cariñosamente “muchachita”.

Igual que el chico de provincias que era Muñoz Molina, yo, otra chica de provincias, acudía a una agencia de transportes del sur de la ciudad para recoger el esperado paquete que mis padres me enviaban por Todos los Santos, los “Tosantos” gaditanos. Cuando llegaba a mi habitación lo abría con tanta impaciencia y emoción, que derramaba por el suelo la voluminosa cosecha de almendras, nueces y castañas. Y claro que también soñaba con esos trenes que iniciaban su trayecto en la estación de Atocha, tan lentos, siempre retrasados. Esos más de 700 kilómetros que debían recorrer hasta Cádiz les llevaba de 12 a 14 horas y es que, en palabras de Antonio, *es como si los kilómetros fueran más largos en aquella época*.

¿Y es sólo casualidad que estudiáramos los dos Periodismo en Madrid? ¿Quién sabe si no nos habremos cruzado por los atestados pasillos de la Facultad de Ciencias de la Información, antes de convertirse en el escritor famoso y premiado que es hoy! O tal vez hayamos coincidido en el bar de la facultad tomándonos un café o en la biblioteca, prepa-

rando algún trabajo o estudiando para un examen. ¡Qué orgullo haber compartido con él cinco años de una juventud que iba convirtiéndose en madurez mientras España cambiaba tanto y a tal velocidad que nada podía detenerla!

Jamás he podido contarle que me he dedicado a enseñar durante demasiado tiempo, mucho más del que mi cuerpo y mi mente podían soportar. Lo he entregado todo a ese bellissimo y durísimo oficio: juventud, entusiasmo, esperanza, fe en lo que hacía, pasión, amor... Sin embargo, Antonio ya lo sabía, porque cuando describía a Susana Grey, la maestra protagonista de “Plenilunio”, me estaba describiendo a mí. También era permanente, imborrable, la huella que *la fatiga de toda una vida con niños* había dejado en mi rostro. En mis últimos años de docencia, igual que le sucedía a Susana Grey, *sólo podía respirar un aire gastado y cansado* desde el momento exacto en que me despertaba cada mañana, tan exhausta como si no hubiera dormido en toda la noche, desesperada por la perspectiva de una nueva jornada escolar.

No siempre había sido así, cuando ese *olor a tinta y sudores infantiles* servían para insuflarme una energía nueva que me ayudaba a vaciarme de todos mis conocimientos y experiencias para volcarlos en tantas niñas primero —la enseñanza no era mixta— y tantos niños después, muchos de los cuales sentían mi misma pasión por aprender. En sus artículos periodísticos Muñoz Molina me ofrecía sus palabras afiladas y precisas, unguento maravilloso que me calmaba el dolor de maestra *quemada hasta la médula* cuando la sociedad, las

autoridades académicas y los teóricos de la educación nos culpaban del deterioro de la enseñanza.

En “Sefarad”, a Evgenia Ginzburg, dirigente comunista rusa y profesora de la universidad de Kazán, le comunican sus propios camaradas el 1 de septiembre de 1936 que tendrá que abandonar sus clases. A partir de entonces la interrogan, le dan a entender que será sancionada. En cuanto a mí, el sufrimiento y la persecución que tuve que soportar durante varios años se convirtieron en una enfermedad que me ha apartado para siempre de mi trabajo. Pero sé que la vida que entregué como profesora late hoy en esos antiguos alumnos con los que a veces me encuentro y veo en sus ojos esa chispa de reconocimiento, que me consuela y hace pensar que valió la pena.

Antonio, mi amigo platónico, con la magia de sus manos de escritor me devuelve a la luz y la felicidad de esa semana en Nueva York, tan intensa, tan parecida al tiempo que él mismo vivió. Si en ese otoño de 2002 hubiera permanecido unos días más en la ciudad, habríamos compartido el frío de diciembre. Asomada a sus “Ventanas de Manhattan”, descansando de la feroz travesía por los *desiertos de nieve* en que se había convertido mi carrera profesional, experimenté con él la *sensación de tener por delante toda la vida y toda la literatura, la que me entusiasma leer y la que quisiera escribir.*

¡Qué alegría si nos hubiéramos encontrado bajo las *bóvedas altísimas* y en los *vestíbulos de mármoles resonantes* de la Grand Central Station, repleta de tiendas rebosantes de la

Navidad ya tan cercana! Es cierto que nunca tuve la oportunidad de quedar con él para sentarnos en un café y pasarnos la tarde charlando de nuestra experiencia neoyorkina, pero me imagino la escena: los dos sentados a una mesa en un Starbucks cualquiera de Manhattan y, en otra silla, su mochila de caminante por Nueva York. Hablaríamos de “Calle 42”, el mismo musical que los dos habíamos visto en Broadway; de la catedral gótica de John the Divine o tal vez de la impresión que produce contemplar por primera vez la enorme ciudad, con el vacío inquietante dejado por las Torres gemelas, desde la altura del Empire State, sintiendo *un viento tan afilado como las esquinas de los edificios...*

Todo lo que Antonio conoce de mí se lo podría haber contado paseando por el Central Park, bajo los árboles ya completamente pelados en ese otoño agonizante, mientras las confiadas ardillas nos rodeaban. O tal vez recorriendo las salas dedicadas a Egipto del Metropolitan Museum o detenidos para admirar las esculturas de granito rosa que representan a Hatshepsut, la extraordinaria mujer faraón. O en el Rockefeller Center y sus ángeles de luz con la trompeta en los labios. Incluso a bordo del barco que nos habría llevado hasta la estatua de la Libertad, en una mañana soleada y con un viento tan fuerte y helado que nos habría hecho llorar.

Jamás pude recurrir a una llamada telefónica para contarle mis preocupaciones o escuchar las suyas. No he podido oír su voz, ni sentir su mirada en mi rostro ni sus gestos de comprensión ante todo lo que me estaba pasando. Porque

estoy segura de que él, con esa sensibilidad que se derrama por todo lo que escribe, se habría preocupado por mí como un auténtico amigo, me habría consolado y aconsejado y hecho sentir *la impresión halagadora de que la vida puede ser un dejarse llevar por ocupaciones gustosas, de caminatas dominicales por calles soleadas y regresos a una casa cálida y compartida, quizás con la expectativa del amor lentamente gozado mientras va pasando la tarde...*

No, aún no he tenido la suerte de conocerlo a pesar de que aún hoy me sucede cómo a él, cuando repentinamente *un sabor o un olor o una música de la radio me hacen ser quien fui hace treinta o cuarenta años, con una intensidad mucho mayor que la conciencia de mi vida de ahora.* También vienen a mí las sombras de quienes se fueron para siempre y cuyo recuerdo me sigue doliendo tanto: a él, la ausencia de su padre; a mí, la de mi madre. Ella se marchó en silencio, sin molestar a quienes la rodeábamos y amábamos, igual que había hecho siempre. Cuando sueño la veo viva, sonriente, con esa alegría y optimismo que eran sus señas de identidad. Mi madre falleció un día de verano hace años, pero no ha muerto: es mi madre eterna que vive en el mar acunada por las mareas del Atlántico gaditano.

Reconozco una vez más que Antonio Muñoz Molina no lo sabe, pero si he tomado prestadas algunas de sus frases, tan perfectas como no hay otras, es porque son para mí fórmulas mágicas que pueden exorcizar mi alma y mi cuerpo de todos los monstruos y fantasmas que siguen empeñados en

perseguirme y torturarme. Tampoco le he explicado nada sobre esta vida nueva que ahora comienzo y en la que no debe haber lugar para los sucesos tan destructivos que convirtieron mi existencia en un infierno. Me veo obligada a decirle, aunque quizá lo adivine, que tengo que salir de este aislamiento, olvidar miedos, enterrar obsesiones y ansiedades... Entonces sí que podré acercarme a él para que conozca a esta mujer anónima que soy y cuya vida ha contado tan fielmente en sus libros y artículos sin él sospecharlo jamás.

TENGO

Menchu Martín

...Tengo un libro por escribir,
pero tengo mis poesías para compartir.

...Tengo un cuadro por pintar,
pero tengo unos bocetos para colorear.

...Tengo una melodía por componer,
pero tengo muchas canciones para responder.

...Tengo un árbol por plantar,
pero tengo algunas flores para poder regar.

...Tengo una amistad por entregar,
pero tengo una vida para poderle dedicar.

...Tengo unos recuerdos por olvidar,
pero tengo una vida que no quiero desperdiciar.

...Tengo mucha ilusión por entregar,
y tengo mil caricias para regalar.

LUNA

Soy amiga de la Luna
para explicarle mis recuerdos
para que sepa mis angustias
para llorar mis tristezas y
cantarle mis alegrías,

Para compartir mi felicidad.
para expresarle mi agradecimiento,
mi tranquilidad,
por los sentimientos,
por la amistad.

Soy amiga de la Luna
para contarle mis secretos
para decirle que lo siento.

SI NO ESTÁS

Si un día me faltaras,
mi vida no tendría sentido,
no habría mañanas para empezar
y no sería el día una primavera.

Si un día yo estoy sola,
estaré muerta en vida,
me abrazaré a la tristeza
en mis noches de soledad,
mis latidos serán lentos
y mis lágrimas escocerán
por el dolor de tu ausencia.

Si acaso tú me faltaras,
no tendría alma
para el bien y el mal,
todo daría igual

Si tú no estas,
no sabré si es otoño o invierno
pero nunca,
volverá a ser primavera.

TE SIENTO

Quiero escribir algo
y no sé qué es
lo llevo muy dentro
me aprieta en la sien,
me duele en los ojos
me quema en la piel.

Brota en mis dedos
como la tinta
que sale de la pluma
y pasa al papel.

Leo poemas
para que me ayuden a aprender,
necesito tu presencia
y poder escucharte otra vez.

Cierro los ojos y te puedo ver
tengo tu imagen grabada en mi ser.

AMISTAD

Pensando en ti, amigo mío,
brotan las palabras,
nacen los mejores
y más nobles pensamientos,
quisiera tu facilidad de palabra
y poder escribir
unos humildes versos.

Déjame ser,
pañuelo que seque tu llanto,
música que acompañe tu canto,
tinta para tus poemas,
oído para tus quejas,
caricias para tus penas.

Quisiera poder plasmar en papel
todas las sensaciones
que me recorren la piel

Quisiera ser tu amiga más fiel.

QUE EMPIECE LA TARDE OTRA VEZ

Estamos construyendo una canción
con los versos de nuestros amigos,
llena de momentos robados
de sentimientos encontrados.

Te debo un millón de caricias
te debo mil besos mi amor.
Te llevo en el alma como una nube
que sacia mi sed.
Tenemos razones de sobra
para seguir, para vivir, para soñar.

Compongo los versos mas bellos
cuando estoy pensando en ti.

Déjame,
déjame soñar.
Vuélvete,
vuélveme a mirar.
Bésame,
volveré a llorar.

El mar escribe con olas el canto del atardecer,
el río le pone a la orilla la menta para crecer,
el canto que yo te ofrezco, sincero,
te juro que así seré.

Que no se ponga el sol
que las estrellas no te puedan ver,
que me roban tus palabras, tu música, tus versos.

No quiero que llegue la noche,
que empiece la tarde otra vez.

AÑO 2300: MUSEO DE HISTORIA NATURAL

Andrés Acosta González

–Hijo, hoy toca museo.

–No papá, no tengo ganas. He quedado con Alex en la aeroestación nº 7. Han montado allí unos holojuegos nuevos, muy bonitos.

–Lo siento hijo. Acuérdate de lo que nos dijo tu profesor el viernes. En los nuevos planes de educación tenemos que ir los padres con los hijos a museos. Y para hacerlo de acuerdo con el esquema de tu colegio, hoy debo llevarte al Museo de Historia Natural.

–Vaya rollo. ¿Y qué le digo yo a mis amigos? Me esperan en la aeroestación, ¿sabes?

–Lo que tú quieras, lo que se te ocurra. Pero te vienes al museo, porque si no, el colegio da parte al ministerio y a mí me llaman la atención. Por escrito, ¿sabes? Lo peor es que puede tener consecuencias en mi trabajo. Y además, para colmo, me ponen una multa fuerte, eso seguro. Otra cosa: ese chico..., ¿cómo se llama?

–Alex

–Eso, Alex. ¿A ese muchacho no le pasa lo mismo, su padre no le tiene que acompañar a las actividades que le indica el colegio?

—No sé papá, nosotros no hablamos de esas cosas. Lo que creemos es que los colegios y los museos no sirven para nada.

—¿Y cómo crees que debéis estudiar entonces? ¿Suponéis que podréis vivir sin saber leer, escribir, sin aprender Matemáticas o Ciencias?

—Para todo eso no hace falta ni ir al colegio ni visitar museos. Deberían suprimirlos. En las aeroestaciones, jugando, aprendemos todo lo que necesitamos.

—Bueno, pues puede ser, pero hijo, yo tengo que cumplir con los deberes que me impone el Estado. Así que, sintiéndolo mucho, llama a tu amigo y dile que le ves mañana en la aeroestación.

—Vale papá, ya le llamo. ¡Y que conste que hago esto para que no te ocurra nada, pero no porque esté convencido!

El padre y el hijo surcaron las aerovías de la ciudad hasta llegar a un espacio amplio en tierra, situado en el sector nordeste de la megalópolis. Desde la aeroestación nº 15 se accedía al Museo de Historia Natural a través de un ascensor.

La taquillera leyó la orden escolar y la pasó por una lectora óptica. Comprobada la autenticidad del sello, obtuvieron un pase para el módulo 4, que era el que el profesor recomendaba.

—Vamos a ver hijo, el papel que nos ha dado tu profesor dice que debemos visitar las áreas 1, 2 y 3 correspondientes a este módulo.

Recorrieron varios senderos, perfectamente indicados, y accedieron por fin al módulo nº 4. Ya dentro del mismo, empujaron una puerta que ponía “Área 1”. Traspasado el umbral, el chico puso una cara de espanto y se agarró a su padre. Contemplaba horrorizado lo que allí se exhibía.

—Papá, ¿qué es esto tan espantoso?, ¿para qué se guardan estas cosas tan horribles en los museos? Tengo miedo.

—Hijo mío, yo no creo que sea tan feo. Es curioso y muy interesante. Me parece bien que se conserven para que los conozcáis. Vosotros y las siguientes generaciones.

—No sé. A mí no me gusta ver estos monstruos; son restos de un mundo primitivo lleno de peligros y de seres terribles.

—El planeta, hijo mío, estaba antes poblado por estos seres vivos.

—¿Y cómo es que se le puede considerar un ser vivo, si está quieto?

—No importa. Tiene todos los atributos de un ser vivo: nace, crece, se nutre, se reproduce y muere.

—¿Y qué nombre tiene esta monstruosidad viva?

—Es un árbol, hijo mío. Esto que contemplas es un árbol.

—Sí, el profesor nos ha hablado de ellos. Nos los ha nombrado a veces. Pero nunca había visto uno. ¿Para qué servían?

—Lo importante, hijo mío, no es que sirvieran o no sirvieran, sino que formaban parte de la naturaleza.

—Ya, pero ahora no están y vivimos tan felices. ¿Para qué los había puesto ahí la naturaleza?

—Formaban amplios conjuntos llamados bosques, o bien,

domesticados, se les plantaba como adorno en ciudades y pueblos. Además, oxigenaban la atmósfera.

–Pero si el oxígeno lo fabricamos sin problemas.

–Bueno, pero entonces no conocíamos esas técnicas. La naturaleza suplía nuestra ignorancia. La gran revolución química de 2050 dio un cambio gigante a la historia de la humanidad.

–¿Y estos engendros... son todos iguales?

–No hijo, éste que ves aquí se llama olivo y produce un fruto con el que durante mucho tiempo, en determinados lugares del planeta, se hacía aceite, aceite comestible.

–¿Ácido oleico?

–Sí, sí.

–Otra tontería. En los laboratorios podemos hacer ácidos orgánicos con la textura, acidez y aroma que queramos, ¿verdad?

–Claro que sí, hijo, pero vuelvo a decirte lo mismo. Hemos tardado muchos años en adquirir estas capacidades tecnológicas. Hoy somos capaces de fabricar todo lo que necesitemos a partir de materia inorgánica. Eso era impensable hace 100 años. Habla con tu bisabuelo, aún está bien de la cabeza, te responderá a todo lo que le preguntes. Y te harás una idea de cómo era el mundo entonces.

Accedieron al área 2 a través de una gran puerta metálica.

–Estos bichos, ¿cómo dices que se llaman, papá?

–Árboles, hijo, árboles. Mira, esto que ves es otro árbol. Este es un chopo. Crecía cerca de zonas húmedas. Por eso lo han plantado junto a un canal con agua permanente.

– ¡Qué alto! Es más grande, pero me da menos miedo.

– Tiene una forma más esbelta. Quizás sea por eso.

–¿Cómo se llaman estas cosas que les salen a los árboles al final?

– Se llaman hojas, y cuelgan de las ramas, esas tiras largas que brotan del tronco.

Dentro del área 3 contemplaron el tercer y último de los árboles que el profesor había aconsejado que vieses juntos, de acuerdo con las directrices del Ministerio de Educación: un enorme ejemplar de pino, un *pinus canariensis*.

– Papá, éste me da mucho miedo.

– No te hace nada, hijo, tranquilo. Los árboles no pueden moverse.

–Bueno, vámonos ya, ya hemos cumplido. Ya no pueden multarte. Es que no estoy a gusto aquí dentro. Papá, quiero hacerte una pregunta.

–Dime, hijo.

–Supongo que tendrán mucho cuidado los conservadores para que estos seres tan horribles no puedan reproducirse fuera de los muros del museo.

–Claro, hijo, hay inspecciones periódicas. No hay peligro.

Y así, tras haber cumplido con los deberes educativos, retornaron tranquilos a casa por aerovías que discurrían paralelas a edificios o muros decorados. Todo era cemento, hormigón, ladrillo, suelo y cielo. Felicidad suprema en un mundo sin criaturas informes y espantosas.

(Tacoronte, agosto 2006)

SONETO CALEIDOSCÓPICO

La vida es una brizna entre dos olvidos,
un soplo de tiempo al trasluz cazado,
estúpido esperpento de un azar callado,
con émbolos y paños en espacio herido.

La luz taladra el vacío maniatado,
huecos del aire, palabra sin boca,
canto sin guitarra y viento que toca
las teclas de un instrumento desbocado.

La infinita quietud se desvanece
y se deshace al instante en un suspiro,
es un baile que grita a las estrellas,

es un canto dolido que estremece,
jeroglífico extraño en un papiro,
tu desnudo gozoso: la imagen bella.

(Tres Cantos, octubre 2005)

*EL COSMOS MATEMÁTICO
Y EL NÚMERO “pi ”*

La esfera celeste brillaba entera
aquella noche mágica entre las olas
que batían la orilla como amapolas.
Sobre la arena el sabio griego espera

poder trazar circunferencias perfectas.
Al salir la Luna redonda y moruna,
dibuja con su compás las mil y una
redondeces todas cruzadas por rectas.

En el cenit el Cisne aguarda callado
mientras el sabio divide y divide.
Todas sus anotaciones van cuadrando.

Siempre obtiene el mismo exacto resultado.
Y así un grito exultante la noche mide:
¡Es pi! ¡El número! Y alegre huye saltando.

(Tres Cantos, marzo 2004)

*SONETOS DE AMOR DE VARIADA
INTENSIDAD Y CORDURA (5)*

Eduardo Fernández-Fournier

DIECISÉIS AÑOS

Tener dieciséis años, pudo ser muy hermoso,
con tu hermosa, irritada, distraída sonrisa
(¿qué quiere este pesado, no ve que tengo prisa?),
cuando te acompañaba, tenaz, voluntarioso.

Te reías, si, a veces, decía algo gracioso.
Te olvidabas de mí, si me callaba un rato.
Un día me detuve, sujetando un zapato,
y ni te diste cuenta. Seguiste, paso airoso.

Hoy veo tu mirada, también algo irritada,
cuando, a veces, en noches sin sueño, te acompañó
(¿Qué hace este pesado, recordándome tanto?).

Porque nunca tu ausencia nos fue bien explicada,
te pregunto...

Tú, airoso (tienes dieciséis años),
te vas. Y, a mí, me dejas sujetando mi llanto.

*SONETOS DE AMOR DE VARIADA
INTENSIDAD Y CORDURA (6)*

ENAMORADO (II)

He lanzado a mis perros tras tu huella.
Han saltado, encelados, de mi pecho,
y ahora siguen tu rastro. Ya está hecho.
Te cercarán en monte, mar o estrella.

Te cercarán, y el miedo no hará mella
en ti, cuando aparezcan en tu lecho.
Sólo tienen sus bocas al acecho
para lamer tu mano, ayer doncella.

Ahora soy cazador, y soy la flecha
dirigida a tu rastro, y la jauría
que al fin te alcanzará, no sé en qué fecha.

Ya no habrá cazador, desde ese día;
Cazado seré yo, rendido y preso,
en el lazo tan suave de tu beso.

Escrito hacia 1960

*José Hierro me invitó, entonces, a leer éste y otros sonetos en el
Ateneo de Madrid.*

**SONETOS DE AMOR DE VARIADA
INTENSIDAD Y CORDURA (7)**

**A MI ABUELA ANGELITA.
(TRISTE POEMA DE AMOR)**

Después de ver LOS ÁRBOLES MUEREN DE PIE, de Alejandro Casona, hace muchos años, me dio por pensar que la figura central de la familia, en Asturias, es la abuela.

Quando estuve sin tí, fui niño triste,
me llevó, el coco, un día, de tu lado.
Volvió contigo un niño atribulado,
¡Cuánta paciencia, cuánto amor me diste!

De mi barco pequeño, puerto fuiste.
¿Que le da al puerto, el barco fondeado?
Sería poco, decir que me quisiste.
Decir que yo te quise, demasiado.

Desigual, nuestro amor. Con barco y puerto,
quiero expresar que tanto me quisiste.
No digo “me quisiste”, sería poco.

Y, pues zarpé y volé hacia mar abierto,
y ni pensé si tú quedabas triste,
“yo te quise”, no diré yo, tampoco.

*SONETOS DE AMOR DE VARIADA
INTENSIDAD Y CORDURA (8)*

*POEMA DE AMOR
QUE NUNCA PUDO SER ESCRITO*

Aunque no eran dos pájaros, se marcharon volando.
Eran mis manos, tristes por dejar tu cintura.
No eran ojos de un águila rotos por la hermosura
del sol, los que volaban. Eran míos, llorando

sangre por ya no verte. ¿Estaba comenzando
el fin del mundo? ¿Traca en una noche oscura?
El mundo continuaba, y era de día, cuando
ocurrió este poema de horror y de locura.

Tus manos en mis manos, muy juntos nuestros cuerpos.
Estos gestos hermosos son cosa del pasado,
amor, por una simple razón: Estamos muertos.

Muertos y separados, tras un instante unidos.
¿Fue siquiera un instante, amor? Cuando ha estallado
la bomba, y nos ha roto en mil pájaros perdidos.

DETRÁS DEL ESPEJO

Rodrigo García-Quismondo

Clara también había sido una niña, pero no había muchas cosas que lo probasen, porque mamá nunca había sido aficionada a conservar sus recuerdos. No estaban ya las muñecas, ni los libros, ni los cuadernos del colegio, ni el vestido blanco con el que había estrenado la primavera en un Domingo de Ramos. Ya no estaban los cuentos de papá, ni las flores silvestres que cogían en el campo para llevarle a mamá, de vez en cuando. Ni siquiera estaba ya papá.

Sólo unas cuantas fotografías, reían aún, entre las páginas de un álbum de cartulina, la sonrisa en blanco y negro de una niña morena y alegre de grandes ojos negros. Y ese milagro de la alquimia, era la única prueba de que ella también había sido una niña.

También estaban los recuerdos, el olor de los libros nuevos y los borradores de nata. El sabor de las minas de los lápices y el sabor de las lágrimas. La suavidad de la piel los domingos por la mañana después del baño, y el brillo del pelo bajo la luz del sol que filtraban las cortinas del salón. También estaba el abrazo de los besos de papá, y el calor protector de su mano cuando iban de paseo. Y el recuerdo del

olor del perfume de mamá, encerrado en un pequeño frasco de cristal de tapón dorado, donde un trocito de madera flotaba, como un velero a la deriva, emisario del aroma de lugares lejanos y exóticos, como el nombre del perfume: “*Maderas de Oriente*”. Y el olor del pan caliente, que era el olor de los domingos por la mañana, cuando papá estaba en casa y mamá muy contenta. También estaban las amapolas y la voz de papá contando cuentos.

Por las mañanas, al despertarse, un rayo de luz entraba por la ventana del cuarto de las dos camas, entre las rendijas de la persiana de madera blanca, hasta la coqueta de color miel donde mamá guardaba la ropa. Y en ese rayo de luz había miles de partículas de polvo que hacían que el rayo se viera, polvo galáctico, mágico. Polvo de hadas donde habitaban los sueños buenos.

Todos eran testigos de que Clara había sido una niña y había creído en las hadas. Había creído en las hadas con tanta fuerza que siempre las había buscado en todas partes. En el campo, entre las flores, en el agua del río, entre las piedras, en el musgo, en la corteza de los árboles, en el rayo de sol que filtraba la persiana blanca; entre las nubes, en las gotas de lluvia, en el espesor de la niebla, detrás del espejo. Había tantos sitios donde las hadas podían vivir...

Toda su vida había creído en las hadas y nadie podría nunca arrebatarle ese sueño. Cuando era niña, confiaba en ellas, las esperaba, mucho más que los demás niños. Clara sabía que un día aparecería su hada, como siempre ocurría

en los cuentos que inventaba papá, y tendría la ocasión de pedir tres deseos. No podía ser de otro modo, porque el mundo necesitaba de ellas; había muchos asuntos que alguien tendría que arreglar. No parecía muy fácil que los chicos dejaran de llamarla “bomba hache”, por estar tan gorda; tampoco los niños pobres, que no tenían juguetes, iban a tenerlos sin alguna intervención mágica. Clara estaba segura de que las hadas no se dejaban ver porque muchos niños no creían en ellas; y mucho menos los mayores. Los mayores siempre estaban muy ocupados, porque tenían que trabajar mucho. Por eso no se podía confiar en que ellos arreglasen los problemas del mundo, ni siquiera los domésticos o de menor importancia. La única esperanza eran las hadas.

El día que apareciera su hada, ella tendría que estar preparada, con sus tres deseos bien pensados. No se podían dejar asuntos tan importantes en aras de la improvisación y que tu hada te sorprendiera sin los deseos elegidos. Lo más probable es que fuesen tres, pero siempre convendría tener preparado algún deseo extra, por si acaso tu hada podía conceder alguno más. El orden de los deseos era también muy importante y cualquier equivocación podría ser irreparable. Cuando su hada apareciese, el primer deseo sería que no hubiese ninguna guerra nunca más, y que todos los niños del mundo pudiesen tener juguetes. Bien pensado, los Reyes Magos no se portaban nada bien. Clara tenía mucho miedo cuando le asaltaban estos pensamientos, pero no podía

evitarlo. Nunca entendería por qué los Reyes no podían llegar a las casas de los niños pobres; al fin y al cabo también eran magos, como las hadas. También en la magia parecía haber distintos niveles de poder y algunos asuntos, definitivamente, eran las hadas quienes tendrían que arreglarlos. No había ninguna duda acerca de cuál sería el primer deseo. En el peor de los casos, si sólo hubiese una oportunidad, habría pedido lo más importante.

El segundo deseo sería que papá y mamá no regañasen nunca. Y que estuviesen siempre. No había nada en el mundo más triste que ver triste a mamá. Tampoco había ninguna duda acerca del segundo deseo.

Era una pequeña trampa, porque en realidad ambos eran dos deseos en uno, pero lo más probable es que a su hada no le importase, porque eran deseos buenos. Si al final no había más remedio, los tendría que separar. Pero si esto no ocurría, en la tercera oportunidad pediría un deseo para ella. Ser una niña gordita era un problema, pero ser tan morena era aún peor. En verano, su piel aceitunada se tornaba oscura, tropical, del color de las “maderas de oriente”. Ningún chico iba a fijarse en ella con ese aspecto, agitanado y silvestre, ni siquiera aunque fuese flaca. Definitivamente, el tercer deseo sería tener una piel clara y brillante, como las niñas de los cuentos.

Clara había crecido, sin dejar nunca de creer en las hadas. Realmente, nadie podía demostrar que no existieran y había tantos sitios donde podía esconderse un hada... Ahora era

delgada y le gustaba el color de su piel, pero por lo demás, en todo lo importante, el mundo no había mejorado mucho. Había las mismas cosas por arreglar, y no tendría ningún sentido que no hubiese forma de hacerlo. No había que rendirse ahora. Que las hadas existían era evidente, y tarde o temprano su hada aparecería. Era sólo cuestión de tiempo. Y de seguirlo soñando, como siempre lo había soñado.

Ahora Clara era ya muy mayor y nunca había dejado de creer en ellas.

Aquéel día, el espejo del baño le devolvía su imagen de siempre, la de ahora, la de todos los días al salir de la ducha. Una imagen que flotaba en el vapor caliente y se paraba a mirarla desde el otro lado del espejo. Desde el lugar que le devolvía la imagen del tiempo. El lugar donde habitaban los recuerdos, el lugar donde a veces aún podía ver sus trenzas. No entraba el sol en el cuarto de baño, pero un rayo de luz blanca, limpia, halógena, partía del final del techo, y se filtraba a través del vaho hasta deshacerse en el espejo grande de la pared del fondo, donde formaba un crisol de luces de colores. Como un trozo de arco iris. Era como el rayo de sol que enviaba la persiana de madera blanca de su cuarto de niña, donde dormían los duendes y el polvo galáctico, donde habitaba la luz de los sueños, donde podían, perfectamente, esconderse las hadas.

Allí estaban. Habían estado siempre, *¡detrás del espejo!*

Tal y como Clara lo había soñado durante tantos años, había un lugar donde vivían las hadas. Y ahora, habían

premiado su fidelidad, habían confiado en ella, dejándose ver. Y todo era tal y como siempre lo había imaginado. El hada de Clara estaba hecha de luz, de la luz del color de todos los sueños.

Su voz le llegó a través del espejo, dulce como un ponche de miel. Y entonces supo por qué las hadas existen. Era preciso creer que allí estaban, para no hacerse nunca mayor. Era preciso pedir tres deseos en aquella mañana de aquel despertar de la infancia, para no olvidar nunca el olor del pan caliente. Era preciso sentir su magia, para poder soportar la tristeza. Porque es preciso soñar. Sentir que las hadas habitan detrás del espejo.

Hola Clara, me conoces, ¿verdad?, soy Bruma, tu hada.

Sí, dijo Clara. Te estaba esperando.

Ahora Clara era ya muy mayor y nunca había dejado de creer en ellas.

Siempre había tenido preparados sus tres deseos. Los importantes no habían cambiado mucho en tantos años, pero ahora, oyendo la voz dulce de su hada, sentía un deseo más grande que todos. Algo que haría cumplir todos sus sueños. Y mirando a los ojos de ensueño de Bruma, gritó con fuerza su primer y único deseo:

¡Que nunca dejara de creer en ellas pues siempre habitarán *“detrás del espejo”*!

CLARA

Hasta conocerte a ti
yo no creía en las hadas
estabas tras el espejo
oculta de las miradas

Ahora pienso que eres todo,
la sonrisa en blanco y negro,
el olor del pan caliente,
los borradores de nata,
o ese polvo galáctico
que filtraba tu ventana

Eres magia que contagia
bálsamo de las heridas
con tu sonrisa tan amplia,
nace la ilusión, la vida.

Paseando junto a ti,
arriba, por la montaña,
sentí una paz infinita,
algo en mí se desahogaba.

No sé si es envidia o celos,
pues te sonreía el sol,
te cantaba la guitarra
y la luz de blanca luna,
tu piel morena besaba
y sentí un escalofrío
Clara, mi hada, callaba.

12 de Julio de 2006

NATURALEZA ÍNTIMA

La nieve

Vuela entre tus cabellos
dorados de sol
como gaviotas inciertas

El viento

Enciende tus mejillas
de fuego frío
como libélulas danzantes

El frío

Te envuelve agresivo
claudicando
furioso a tu calor

Los árboles

Abren sus brazos y
te protegen
de las envidiosas nubes

Las piedras

Se estremecen
de placer
cuando tu pie las acaricia

El río

Detiene su camino
buscándote
en un bosque de cristal

Las aves

Hacen un coro etéreo

buscando

tu voz de armiño

Y yo

Desde la más alta roca

me precipito sobre el bosque

para que cada uno de ellos...

¡ Me hable de TI!

17 de Febrero de 2006

NOS CASAMOS

Maribel Orgaz

Nos casamos. Todo iba muy bien. Nos levantábamos a la misma hora, ella se iba a su trabajo y yo al mío. Cada mañana, en la puerta, ella siempre me recordaba:

—¿Las llaves? ¿La cartera?

Y yo me palpaba los bolsillos. Todo en su sitio. Porque yo era muy despistado. No porque fuera un genio o tuviera un talento absorbente que explicara mi despiste. No, no tenía excusas. Era como si en ocasiones, hubiera una laguna. Algún agujero negro en mi pensamiento. Por ejemplo, me bajaba del coche y dejaba la radio en el techo, un instante, mientras cerraba la puerta. Era seguro que subiría a casa sin la radio en las manos. El mayor problema es que mis despistes no eran sistemáticos, no podía preverlos. Me despistaba de todo lo que no estuviera haciendo y pensando a la vez. Tenía que pensar en lo que hacía y hacer lo que pensaba, pero esa concentración no podía mantenerla siempre y en cuanto me ponía a pensar en otra cosa, el despiste. Por ejem-

plo, un día se me olvidó aparcar el coche. Llegué a casa, la calle estaba llena y lo dejé en doble fila. Y pensé, si le estorba a alguien pitará, así que bajo y aparco el coche. Parecía un plan perfecto. El caso es que o no estorbó a nadie o debí olvidar que si sonaba un claxon era que mi coche impedía salir a otros. A la mañana siguiente, *–las llaves, la cartera–*, cuando bajé caí en la cuenta de que mi coche aún seguía en doble fila. *¿Toda la noche* había estado allí? Un par de vecinos me comentaron después que como salían tan temprano a trabajar, no quisieron hacer sonar el claxon pero se dieron cuenta de que el coche estaba abierto. Quitaron el freno de mano y lo fueron empujando de un lado a otro de la calle y sacando sus coches. Creo que la clave es la paciencia. Yo la tengo conmigo mismo y mis disculpas son siempre tan sinceras que la mayoría de la gente ni se enfada, más bien se compadecen.

–Joder, Luis, si es que se podían haber llevado el coche y todo...

Pero no lo habían robado. Ni lo habían abollado. Se me olvidó aparcarlo pero también cerrarlo, fue, supongo buena suerte. Porque despistado seré, pero mala suerte no tengo. Porque lo hago sin intención. Esta es mi filosofía: hay que disculparse. Y es tan poco habitual oír a alguien explicarse con sinceridad y pedir disculpas.

—Hijo mío, yo no sé como un día no te pasa algo, me dijo mi madre, cuando le conté lo de lo de la doble fila.

Ella sabe que los dos somos iguales y al fin y al cabo ella se casó, tuvo dos hijos y ha sido capaz de llevar una vida normal. Así que yo, ¿por qué no iba a poder?

Pues parecía que sí podía. Conocí a una chica, nos enamoramos y, como dije antes, nos casamos. Al principio ella se carcajeaba con algunos de mis despistes, con otros sonreía y a veces me miraba seria. Supongo que si un día se harta de mí, no le hará gracia, ni me reirá los despistes ni le brillarán los ojos divertida cuando le explico cómo en ocasiones, si estoy pensando en otra cosa confundo las puertas en mi trabajo o que no había podido comer porque dejé olvidado el termo de la comida en alguna parte y no fui capaz de encontrarlo.

—¡Trabajar sin haber comido! Eso no puede ser, hay que buscar una solución, decía ella muy seria. Esa era mi mujer, ser reía cuando había que reírse pero se preocupaba cuando había que hacerlo. Y se preocupaba en serio. ¿Qué más podía pedir?

Pues parece que pedimos un niño y que alguien nos hizo caso. Así que mi mujer, comenzó a leer todas las revistas de

embarazadas –y yo también– y libros de embarazo y parto y madres y padres.

...pero aquí dice que la leche materna es lo único que debe darse al niño hasta los seis meses –le decía yo con un par de revistas en las manos, persiguiéndola por el pasillo de casa– y en esta otra que a los cuatro meses hay que darles un suplemento.

–¿Suplemento? –preguntó mi mujer intrigada–, será que son revistas diferentes.

–No, es la misma. Esta es de marzo y esta de abril.

Nos miramos en silencio. ¿Era suficiente o no era suficiente la teta de una mujer durante los primeros seis meses de vida de un bebé?

–Llamaré a mi madre que sabe más que todas las revistas esas juntas, zanjaba ella enérgica. Y aquel día se acabaron las lecturas.

Lo que no se acabó fue mi nerviosismo. Creo que mi familia no era una ayuda para controlar mi ansiedad, mi estrés y mis despistes durante las primeras semanas de embarazo.

–¿Vas a ver nacer el niño?, me preguntaba mi padre constantemente sin mirarme a los ojos.

Yo no sabía qué responder. ¿Sería capaz de asistir al parto? ¿Iba a poder verlo?

—¿Cómo quieres que lo sepa si todavía no he visto uno? —le respondía yo tragando saliva—. Si me crié en un barrio que no había ni árboles, yo no he visto un gato de verdad ni cuando era pequeño. Antes lo teníais fácil, veías las vacas, los perros, las gallinas poner los huevos. ¿Pero yo? Si en las clases de preparación al parto le ponemos pañales a un muñeco de goma. ¿Cómo quieres que sepa qué voy a hacer cuando llegue el momento?

—Pues tu mujer si sabe lo que va a hacer, decía él en un hilo de voz.

Como iba diciendo, estaba alterado y nervioso y, la verdad sea dicha, ni el médico, un paranoico antipático que en cada visita veía algún tipo de problema o en mi mujer o en nuestro niño o en el niño o en mi mujer: *¿Cuánto mide usted?*, dijo en la última revisión levantando la cabeza de aquellos papeles que siempre estaba rellenando. Y cómo iba acordarme yo de lo que medía. ¿Y qué tenía que ver que yo fuera alto para que el niño y mi mujer estuvieran bien? ¿Es que acaso iba a llevar mi mujer ahí dentro un gigante que crecería hasta no caber dentro?

Ni la visita a los paritorios del hospital sirvió para algo. Aquellas bandejas metálicas, aquellas luces y las paredes tristes, y esto y lo otro, aquel ambiente de quirófano. Me ponía

enfermo sólo de pensar que mi pequeño hijo fuera zarandeado y volteado en aquella mesa del paritorio bajo una lámpara en lugar de permanecer con su madre cuando naciera. Si hasta le metían una sonda por el ano para ver si tenía agujero. ¿Qué mente perversa puede idear que cuando uno llega a este mundo lo primero que le hagan sea comprobar si tiene un agujero en el culo? Menudo recibimiento. ¿No es igual de efectivo ver si el bebé caga por sus propios medios?

—No te preocupes, Luis, que va a nacer en casa, me dijo ella un día cuando le pregunté por qué, una mujer tan guapa, tan hermosa y tan... tan..., (a ella siempre le han gustado mis besos en el cuello) como ella tenía que irse a un sitio plagado de virus y bacterias, lleno de enfermos y aparatos y máquinas para que naciera nuestro niño. ¿Acaso mi madre y mi padre no nacieron en su casa? ¿Acaso yo no nací en el coche mientras mi padre corría al hospital?

Creo que fue decirme eso, “nacer en nuestra casa”, y comenzar de nuevo mi vida normal, la de los despistes pero sin nervios. Nuestro hijo nacería en casa. Eso sonaba muy bien, muy pero que muy bien.

Ella se encargó de buscar una matrona para atenderla en su parto que vino a casa bastantes veces, tomaba café, hablaba con nosotros, echaba un vistazo a las pruebas y hacía algunas preguntas. Todo iba estupendamente.

Una noche, mi mujer se encontró mal, se levantó y aunque intentó llegar al cuarto de baño, no le dio tiempo y vomitó en el suelo. Ella se ponía para dormir uno de esos camisones gigantescos y cuando me zarandeó varias veces para que me despertara yo abrí los ojos y la ví pálida, con algo de vómito pegado al pelo, el camisón manchado y sus ojos azules enrojecidos...

No pude resistirlo. Me levanté de la cama y me desmayé.

Mi mujer consiguió llegar al baño, se lavó un poco, cogió un vaso de agua, volvió a la habitación y me lo echó por la cara.

–Hay que llamar a la matrona, dijo en un tono de voz firme que me intimidó un poco.

Así que el niño iba a nacer. Me fui al teléfono de la cocina y grité nervioso pidiendo el número.

–Escrito encima del teléfono.

Levanté la vista y allí pegado a la pared, en un folio había escrito: *Aurora. Matrona*; y su número de móvil. La localicé de inmediato y le pregunté qué podía hacer.

–Tómate un café y déjala tranquila.

Las instrucciones eran bastante fáciles, así que volví a la habitación y le pregunté si le hacía una infusión mientras llegaba Aurora. Ella, estaba sentada en la butaca y cerraba los ojos cuando venía la contracción. Esperé unos instantes y entonces su cara se relajó y me miró tranquila. La contracción se había ido. Se había puesto otro camisón limpio y se había recogido el pelo. *Qué hermosa está*, pensé emocionado. Quería una manzanilla. Por fin algo útil que hacer.

Así que en la cocina, encendí la cafetera, el hervidor del agua, saqué unas galletas y preparé todo para cuando llegase Aurora, que lo hizo en menos de diez minutos. Subió con el taburete para dar a luz y me pidió que llenara la bañera porque un baño caliente ayudaba a la dilatación.

Mi mujer se sumergió en el agua templada feliz y me miró sonriendo. Bueno, yo iba notando que mi confianza aumentaba por momentos. Sería capaz, sí, claro que sí, sería capaz de ver nacer a nuestro hijo. Al cabo de unos momentos, ella quiso salir del agua y dijo: “quiero empujar”. Aurora le preguntó dónde quería parir, arrimamos la banqueta a la cama para que le sirviera de respaldo y yo me senté a su lado. Cogió mi mano y comenzaron los pujos. La matrona se había sentado de frente a ella en el suelo y hablaba animándola, constantemente.

—Ya está aquí, toca su cabecita. Ya está casi.

Mi mujer descansó unos instantes y, de repente, se llevó mi mano a la boca y gritó contra ella, de una forma que yo no había oído antes. Era un grito tan poderoso, de una fuerza y una profundidad viscerales. Pensé que iba a desmayarme otra vez, pero entonces, Aurora recogió a nuestro hijo y lo alzó hacia nosotros. Mi mujer suspiró jubilosa, estrechándolo contra ella mientras la matrona le cubría con una toalla para que estuviera caliente.

Miré a nuestro hijo que parecía sonreír. Miré a mi esposa, que parecía emitir una luz radiante. Apoyó su cabeza en mi hombro y la besé.

EXAMEN AL COMIENZO DE SIGLO

Elena Espiña

Un INTERNET anestésico
sin tornillos ni tuercas,
mientras el láser
va suturando vidas.

Acordeones con música
de políticas embargadas,
fingido entender
de obligadas reservas.

Intento aterido
por las causas perdidas,
negación de sufrir,
archivo de miopías.

Pendente espada
de papeles timbrados,
un tener que aceptar
martirizando las horas.

Ambición de un metro
cuadrado con ventanas
único, una lata con motor,
consuelo de palabras.

En la pantalla mágica
realidades daltónicas,
dolorido saber
de noches invividas.

En conserva, un gesto
de pérdida y lamentos,
infinito cansancio de llevar
el alma con muletas.

La vida mimo
haciendo colas
para morir.
Una etiqueta. Un nombre. Unos números.

ELLA

Imaginé muchas veces nuestro encuentro, visualizando el paso “de ser a no ser” hecho a mi medida. Sería, en medio del silencio y la semioscuridad de una madrugada lluviosa, después de haber asumido la postrer derrota, sin fuerzas para aceptar un nuevo desafío de la vida.

Ni siquiera pensaba en ELLA y de repente ¡estaba allí!, en Dubrovnik, fuera de la ciudad vieja amurallada, a la mitad de la calle Marmontova Ulica. Había atravesando media Europa para encontrarla. El sol brillaba.

Hierática, sobre una especie de pedestal cubierto, envuelta por telas superpuestas a modo de túnica, de un tejido hecho jirones, que en otro tiempo fuera vaporoso, manchado ahora de un polvo ceniciento. La cara demudada, demacrada, la mirada perdida, los brazos esqueléticos, las manos huesudas, los pies descalzos.

El pavoroso encuentro producía frío, una inseguridad espantada. Una madre, acelerando el paso, arrastraba del brazo al hijo para que no la mirase. Algunos viandantes, de reojo mal disimulado, se cambiaban de acera y las conversaciones, hasta entonces festivas, enmudecían.

Parada, como hipnotizada, con la terrible sensación de que estaba esperándome y que en cualquier momento, mirando en mi dirección, me llamase, perdía por completo la noción del tiempo.

De pronto, ¿pero qué estaba pasando, no daba crédito a lo que veían mis ojos!

Con toda naturalidad, la aparente estatua cobraba movimiento, se desentumecía, bajaba de la peana y se sentaba en ella suspirando profundamente. Estaba segura de que todo aquello lo hacía para confundirme, de que lo había premeditado. Algo dentro de mí me obligaba a permanecer alerta, petrificada.

De una mochila, escondida hasta entonces, la siniestra garra hacía aparecer un algodón empapado en un líquido transparente que utilizaba para limpiar las sombras negras y el color lívido del rostro. El repartidor de “pizza” que llegaba, ajeno a todo, desde el otro lado de la calle, a gritos, inquiría.

—¿Cuántas horas llevas ahí?

—Cuatro.

Su voz era cálida. ¿Cuándo el muchacho se daría cuenta del engaño?

—¿No te cansas de estar tanto tiempo sin moverte?

—Claro que me canso y mucho. Me gusta hacer teatro, pero como no hay papeles para todos, tengo que venir aquí para sobrevivir y seguir esperando una oportunidad.

Yo no perdía palabra de la conversación y me aturdía el cinismo. ¿Hasta dónde quería llegar con el disimulo?

Se despedían.

Puesta en pie, siguiéndome distraídamente con la mirada, intentaba ponerse unos pantalones por debajo del ropón; cuando lo conseguía, se quitaba uno a uno los paños y los doblaba cuidadosamente. Destapada la base, que no era otra cosa que una escalera abatible portátil, dejaba también al descubierto un carrito de equipaje y una pequeña maleta negra.

¿Cuándo iba a decidirse a venir hacia mí, cuándo iba a atacar a la presa segura que era yo?

Sin prisa guardaba las telas, los imperdibles, las cintas. El resto del equipo era colocado sobre el transporte y sujetado a él con dos tirantes elásticos cruzados en forma de aspa. En ese momento otra mujer que bajaba por la rúa, se le acercaba. Lógicamente tendría que sentir miedo si sabía lo que se ocultaba bajo la nueva apariencia, pero increíblemente le daba un beso y se despedía sonriente. Entendí entonces, que era la única persona en posesión del secreto de su personalidad.

Debía estar terminando porque se atusaba, se ponía los zapatos, se alisaba la ropa y, arrastrando su sencillo mundo de cosas, se ponía en marcha, lentamente, en dirección opuesta a donde me encontraba.

Una alegría indescriptible empezaba a desbordarme: ¡era una actriz, estaba representando! Mi imaginación había hecho, otra vez una de las suyas. No se puede ser ¡tan boba! me repetía.

Resplandecía el sol y nuevos alegres transeúntes aparecían. Decidida a seguir mi camino jubilosa, había levantado la vista. Desde la ventana de un precioso palacio del S. XVII ELLA, la verdadera, agitando un brazo y una mano descarnados, con sonrisa siniestra se despedía de mí, sólo de mí, con un ¡HASTA PRONTO!

PEPA

Con su atuendo mejor, perfectamente maquillada como eterna coqueta, escuchó la noticia de su prematura muerte, erguida, impertérrita.

Naturalmente, sin el menor pudor, se quitó la peluca que le cubría la calva. Dio media vuelta y se marchó de la consulta con paso firme, seguida por todas las miradas. Se desafiaba a sí misma una vez más.

TORMENTA DE UNA TARDE DE VERANO

Teresa Martín Ballesteros

En homenaje a Crescencio Garbajosa, un gran amigo

Aquella tarde de finales del verano Tomás se disponía a salir para llevar las ovejas a pastar, vio nubarrones y sintió el olor inconfundible a tierra mojada previo al chaparrón. Dudó por un momento, pero siguió adelante. Todos en el pueblo esperan con anhelo la lluvia, pero cuando llega nunca viene bien; que si es poca, que si es demasiada, que a destiempo... En esta ocasión los augurios no eran optimistas: demasiado negro el cielo. *Aunque por la noche, después de cenar esas malditas sardinas, no pensó en el cielo ni su color, sólo se sentía muy mal, como si se le hubieran clavado espinas en la garganta.*

Coge el paraguas.

Sale con paso decidido y con Chusco saltando entre sus piernas *joder, que me voy a caer, apártate jodío perro!*, pero él ya sabe que su perrillo es sordo a las quejas y sigue feliz saltando y celebrando que por fin va de paseo, algo que puede resultar absurdo, ya que se mueve con absoluta libertad por todo el pueblo y acompaña a aquel que pase por su lado vaya donde vaya; es un perro libre y no espera de su amo nada

excepto un paseo. Sentimiento recíproco, ya que el amo hace tiempo que lo dio por perdido para el pastoreo. Tomás lleva a su pequeño perro pastor, pero en realidad no lo necesita; cuando las ovejas se desmandan, lanza su cayado como si fuera un boomerang, dando a la vez un silbido prolongado que ellas entienden a la perfección: nada de locuras, el jefe manda. El pastor es, además de valiente, prudente, pero mide 1.60 y pesa menos de 60 k. por lo que en una ocasión un carnero, el semental, le topó y lo lanzó contra un muro rompiéndole un brazo. Al día siguiente el “cabrón” se convirtió en caldereta. Eran las seis de la tarde y parecía de noche. *Igual que a las nueve, cuando llegó aturdido a casa, pálido, con los pelos de punta, pero no dijo nada, ni siquiera a su Dolores. Cenó rápido y en silencio, sin apetito y sólo por la insistencia de su mujer. Demasiado negro el cielo.*

De camino a la *taina, desde bastante lejos, se adivina la silueta del enorme nogal. Tomás, mientras camina, observa sus formas que se van haciendo mas nítidas según se acerca hasta que oye el rumor de las hojas al ser mecidas por el viento y siente su olor a frescura, a limpio; entonces ha llegado. “Este año habrá muchas nueces a no ser que este dichoso chubasco que se avecina las apedree... Lo que digo, nunca viene bien”. Pero estos pensamientos le pasan por la mente en unos segundos, él es poeta y su nogal le inspira ciertos sentimientos que le gustaría expresar; cada tarde observa, siente y piensa. No tiene prisa. Un día cualquiera surgen las palabras como un manantial en su mente: “Noble y majestuoso nogal, tus hojas frondosas y refrescantes, del calor del

verano nos alivian...” Crea los poemas en su mente, los recita de memoria y luego los escribe. Sus poemas son sencillos, como él mismo, pero llenos de sentimiento y de la sabiduría del que observa día tras día lo que le rodea y no lo deja pasar por alto. Tomás aprendió en la escuelita de su pueblo a leer, escribir y poco más, pero siempre se interesó por la poesía; la lleva dentro y tiene en su memoria todos sus versos: a la naturaleza, a la guerra, a su hija, a su madre, al nogal, a su mujer...

Voy a cantarte amor mío
un pasodoble campero,
que los traigo de mis campos,
de mis campos del pozuelo.
Tiene sus notas flamencas
en honor de los jarales,
donde canta el cabrerillo
entre encina y tomillares.
Montaré mi macho negro
cuando acabe la faena,
y me llegaré a mi casa
donde está la mi trigueña.
Montaré en mi macho negro
caminito del pozuelo
y esta copla cantaré:
Mare mía, quiero tanto a mi trigueña
que la sangre de mis venas
por ella siempre daré.

En los doce días que estuvo en el hospital, entubado, le pasaba por la mente toda la vida a través de sus poemas, que recitaba una y otra vez. ¿Eran de verdad recuerdos o anécdotas oídas una y otra vez hasta hacerlas propias, o tal vez fantasías inventadas que adornan una realidad que te niegas a aceptar? ¿Cómo puedo yo expresar amor por mi madre si no la conocí, si la mató aquella maldita guerra? Si la muerte estaba ahí, acechando ¿como era posible que la burlase gracias a unas simples botas de goma?

Caen las primeras gotas, ¡a ver si no me apedrea las nueces la jodida tormental!

Decididamente se pone a llover y duda si volver cuando se encuentra a dos vecinos que están analizando los pros y contras de sacar o no sus ovejas y se une al grupo. Tomás es un hombrecito pequeño, con ojillos brillantes y sonrisa radiante, de lenta conversación y pocas palabras ya que, como el dice... “la lengua es un gran tesoro, si la sabes menear, y si moverla no sabes quietecita debe estar”. Hay que estar muy atento, porque cuando habla es en voz baja e inesperadamente, *por eso el médico no le escuchaba, no tenía tiempo, estaba mal y era urgente salvarle la vida*, pero sus vecinos le conocen y charlan con él a su ritmo, con paciencia. La lluvia arrecia, se desata un atronador aparato eléctrico, viento racheado y agua que llegan de todas partes. Bajo el paraguas, los tres hombres siguen charlando para ver si amaina la tormenta. El tema de conversación este verano era la enfermedad de las abejas, que dicen viene de China; los tres tienen colmenas y en unos días se habían reducido en un tercio sus enjambres.

La industria farmacéutica, siempre atenta a la demanda, ya tenía preparados ciertos productos para atajar la enfermedad, pero Tomás no los iba a utilizar ya que luego la miel estaba contaminada con los componentes químicos del fármaco y eso sí que no, su miel era la mas rica y natural de la zona .En la familia de Tomás siempre han criado abejas; las conoce y las admira; habla de ellas como si fueran sus amigas e incluso escribió un poemita muy cariñoso en su honor. Asegura que sólo pican si se tienen que defender, y aún picándote te benefician, pues el veneno que inoculan previene la artrosis. Decidieron que era mejor esperar y no enmendar la plana a la Naturaleza, si algunos enjambres sobreviven se harán fuertes y volverán a reproducirse: selección natural.

Entonces pasó.

Un ruido atronador les dejó sordos. Un rayo cayó y los dos vecinos salieron despedidos como si fueran peleles. Con magulladuras y aturdidos, cada uno se fue a su casa sin decir una palabra, mudos y con la mente en blanco. Tomás sujetaba el paraguas e, instintivamente, subió la cabeza, con la boca abierta, al ver una culebrilla de luz que inundaba las varillas y las hacia saltar por los aires. A través del paraguas, el rayo entró en su cuerpo por la boca y le arrancó una amígdala, arrastrándola hasta el estómago y quemándole todo el tubo digestivo hasta el ano, por donde salió. No se dio cuenta, pero su cabeza no podía pensar, ni podía hablar, y no contó nada a su Dolores cuando llegó a casa. Cenó sin apetito, en silencio, pero pasada media hora tenía la garganta

inflamada, le ardía el cuerpo por dentro y no podía respirar. Le llevaron al hospital y, por casualidad, después de muchas pruebas y de preguntarse médicos y enfermeros cómo había llegado hasta su estómago una amígdala recién arrancada de su garganta, dijo por tercera vez en voz baja: *¿no habrá sido el rayo?* *¿Qué rayo?*, dijo por fin el médico.

*nave donde se guarda el ganado (Guadalajara).

***DESEOS FERVIENTES
DE QUE SE ARREGLE EL MUNDO***

Juan Bautista Vega Cabello

Cual así me lo pide mi deseo,
mi voluntad, tropiezo en la impotencia,
de cambiar este mundo, no lo creo;
es un clamor unido a la inocencia.

La vida aquí en la tierra es tan hermosa,
con sus lluvias, el sol, el aire, el tiempo,
la mar es destacada por grandiosa:
lo animal, vegetal, el Universo.

Entonces: hombre, mujer, niño, anciano,
pensad en la hermosura que os rodea,
cojámonos como familia, hermano,
no cesad un segundo en la tarea;
de tratar de arreglar la humanidad
sembrando de palabra y poesía
toda la tierra para la igualdad,
con que entonemos himnos de alegría.

Cada uno, con cualquiera de sus manos;
por favor, con voluntad te espero,
que deposites tus pequeños granos,
haciendo unidos ese gran granero.

Granero de la solidaridad,
abarroto bien, quitar la saña,
que la tierra es para todos por igual,
hombres del mundo, en que se halla España.

El hombre fue capaz en otros tiempos,
con la palabra y la Literatura,
de cambiar de política a momentos
mucho mejores para la Cultura.

No ensuciamos la tierra en que vivimos,
la madre natural por quien luchamos,
lugar donde nacemos y morimos,
sagrado lar, llorando maltratamos.

Seis mil millones, ¡seres del Planeta!,
con ese arma cargada de futuro,
luchad, como dice el gran poeta,
con poesía y verbo es bien seguro.

Del mundo, yo su faz cambiar quisiera,
y de un sueño real ya despertado
esperar el milagro en primavera,
cual dijese el poema de Machado.

Después de mi existencia pasajera
por un lugar en que nos vio nacer,
que se hubiese arreglado, yo quisiera,
la vida del Planeta y cada ser.

Uníos seres, ¡bravos!, si queremos,
pues que la tierra dice: puertas abro,
y con tu voluntad, sí que podemos:
hagamos entre todos el milagro.

*MI PEQUEÑO HOMENAJE A LA
LENGUA, COMO IDIOMA*

Yo siempre quise saber

lo que era la Gramática;
¿un arte para entenderse
por la vida cotidiana?
Un modo para expresar,
cuando las ideas andan
flotándote en la cabeza
y ver cómo articularlas,
que no siempre se consigue
voluntad de controlarlas.
Quisiera conocer, bien,
el reglamento del habla,
para hablar con los amigos,
para escribir una carta,
para decirle al amor
si atino con las palabras:
amor, hoy te quiero mucho,
más te prometo mañana
y que estoy enamorado
cada día más que pasa.
Para decirle a mi madre,
cómo te quise te quiero,

también decir a mi padre
que cuánto lo echo de menos
y contarles tantas cosas
que se han ido sucediendo.
Qué preciosa asignatura
es esta Lengua que hablamos,
aquí empieza la Cultura
si es que bien la utilizamos.
Es “La Lengua Castellana”
la que siempre me sedujo,
la Gramática de España,
de las mejores del mundo.
Sus partes de la Oración,
donde está integrado el nombre,
el adjetivo, el pronombre,
también la preposición;
el artículo y el verbo,
y, aquí está la conjunción
y en cantidad el adverbio,
ya falta la interjección.
Hermosa “Lengua”, tenemos,
para poder conjugar
los verbos que poseemos,
como el “querer” y el “amar”.
La Lengua, “Lengua Española”
permite hacer poesía,

muchos cantares y coplas
de España, de Andalucía:
peteneras, soleares,
fandangos, las bulerías...
También me permite hablar
y escribir lo que yo siento,
no quiero faltar a nadie,
sino con tacto y respeto.
“La Lengua”, esa herramienta,
utilízala, maestro,
enséñasela a los hombres
que de niños no pudieron,
que por culpa del trabajo
otros hombres lo impidieron.
Impártesela, Maestro,
que al breve conocimiento,
cuando le tomen sabor,
verás qué agradecimiento.
Cuando puedan escribir
de su pasado un fragmento
y cuando puedan sentir
lo que yo en este momento:
querer cada día más,
ser generoso, más bueno,
que la solidaridad
sea la virtud del más necio;

poder hablar con los hombres
en la calle, el Parlamento.
¡Ay!, no olvidemos “La Lengua”,
hagamos mejores versos,
de sus verbos conjugar
siempre los mejores tiempos,
como el verbo amar “yo amo”
y en el de querer “yo quiero”.
Empleemos bien “La Lengua”,
con quien nos comunicamos,
con expresiones más bellas,
haciendo buen uso de ella
entre los seres humanos,
que el hombre en su inteligencia
supo poner en tus manos.
Que los trescientos millones
de seres de esta Cultura,
se erijan en luchadores
de Lengua y Literatura,
llamándonos defensores.

RELOJ

Pilar Hernández Esteban

Reloj es muy listo: nunca se equivoca en las campanadas; suena a las medias y a las enteras; y las medias son fáciles, pero no así las enteras, que siempre cambian y siempre tienen que sonar en su momento y en su número. Y además no se puede orientar por el sol, pues cuando llueve o hay tormentas, o ciclones, o simplemente se nubla, Reloj tiene que saber él solito su hora y estar muy atento para no adelantarse ni atrasarse un solo minuto.

Es un reloj de pared casi antiguo. Mi madre lo había comprado con ilusión y lo trataba con cariño y hasta seguro que le hablaba a menudo, aunque fuera en su lenguaje austero de castellana que no regala palabras.

Cuando le conocí en su casa, ya de casada, enseguida me cayó bien, porque latía fuerte y acompasado y con sus campanadas se hacía notar de una forma suave y constante..., y servía de compañía.

Cuando mi madre murió y se deshizo su casa, Reloj entristeció. Mis hermanas y yo no sabíamos qué hacer con él; nuestras casas eran tan modernas...

Pero enseguida comprendí que necesitaba un hogar, y yo le acogí en el mío.

Pero no sonaba.

El relojero dijo que no le pasaba nada, sólo que estaba triste, que se repondría, que había que darle tiempo...

Le cuidamos y le mimamos; le limpiaron, pulieron y engrasaron y le hicimos un sitio junto a nosotros, en nuestro cuarto de estar..., y volvió a sonar. A las medias y a las enteras, me advierte con cuidado de ese paso rápido del tiempo que yo nunca advierto; de que todo sigue. Sus campanadas tienen un sonido entre el metal y el agua y su tic-tac es delicado; es como un amigo silencioso y tierno que está en un rincón, siempre acompañando, y que nunca falla.

A veces me sorprende soñando, mirando por la ventana al cercano parque, con su Torre del Agua, altísima y terminada en antenas extrañas, que los entendidos dicen ser para las comunicaciones.

En otros momentos, me sorprende contemplando a lo lejos el despegar y el aterrizar de mis queridos aviones, muy pequeñitos, que algunas veces, cuando está nublado, parecen de color gris nube y otras, cuando les da el sol, brillan como si fueran de plata reluciente.

Mi casa está en Tres Cantos, lejos, pero enfrente de las pistas del aeropuerto y por eso veo, aunque en la lejanía, a los aviones llegar, aterrizar y despegar.

Y me gusta sobre todo por las noches, cuando llegan convertidos en estrellas de luz y van desapareciendo en el suelo como si fuera por arte de magia. Veo las luces de las pistas, ordenadas, brillantes, acogiéndolos, mientras yo adivino el ir

y venir de las tripulaciones y de los pasajeros, las “voces” que se dan, la llegada al aeropuerto.

Aunque también hay ratos deliciosos por el día, como cuando los aviones aparecen continuamente, por la misma ruta, seguidos, justo enfrente de mí... y a veces parece que aterrizan en una nube gris y baja que se pierde en el horizonte.

Me quedo ensimismada, pero Reloj me avisa de que pasan las horas, y yo se lo agradezco, porque sin este vocero del tiempo, no me enteraría.

También me gusta cuando llega el otoño y los árboles que veo desde mi ventana —que está junto a Reloj— se ponen sus mejores y más variados colores, en unas gamas combinadas sabiamente, desde los amarillentos a los anaranjados, cremas, rojizos, verdosos, dorados; con esa pátina de naturaleza y de tiempo que los hace extrañamente atractivos y conmovedores; van cambiando de día en día y cuando les atraviesa la luz del sol después de salir de una nube, se hacen transparentes y entonces sí que sus colores son indescriptibles y ensoñadores.

Y una vez más Reloj me vuelve a la realidad con voz amigable pero firme.

Aunque a mí me parece que su latir ahora no es tan fuerte como en casa de mi madre. Se ha hecho más dulce, más mayor, más maduro, más cariñoso; ha incorporado algo de ella. Nos protege y nos advierte, y yo cuando le oigo, la siento a ella en mi corazón.

¿QUÉ SERÁ?

¿Qué será?
si al dormirme pienso en ti,
si al despertarme te recuerdo;
si imagino tus manos, acariciadoras como el agua del mar;
si cuando presiento tus brazos,
me estremezco;
si añoro tus minutos,
si deseo verte y sentirte,
si mi corazón tiembla,
¿qué será?

TRISTEZA

¡Que triste me dejas la tarde sin tí!
y tendré que quedarme con las caricias en mis manos,
que me arden;
y tendré que quedarme con los besos en mi boca,
que me queman;
y tendrás que quedarte con tus abrazos en tus brazos,
que yo tanto deseaba.

Ajorca

DESCONSUELO

Juan de Madrid

Me perdí en locos y vanos amoríos,
como el agua se pierde entre las piedras
sin pasar por el cauce de los ríos,
sin ver la exhuberancia en sus riveras.

Me burlé del amor y de sus reglas
y dejé mil corazones doloridos.
Sólo tuve en cuenta mis suspiros,
sin mirar si era causa de otras penas.

Por ver si me nacía un amor puro,
la semilla del amor lancé hacia el cielo.
El aire se llevo ¡hasta la última semilla!

Ni siquiera una, cayó al suelo.
Se quedó sin germinar el amor puro
y florece en su lugar el desconsuelo

FUEGO EN MI ALMA

Por ver si tu amor era de otro,
me aposté en la esquina de tu calle.
El corazón me saltaba como un potro
y me ardían carbones en la sangre.

Al ver que a tu reja te asomabas,
pensé, que otro amor esperarías.
Mis ojos fueron luces apagadas
por lágrimas de fuego derretidas.

Quisiera haberme muerto en ese instante,
o haber nacido en otro tiempo diferente
y no arder en el volcán de mi mente.

Celos locos sin sentido me atormentan
y sus sombras, no me dejan ver tu amor.
¡Amor mío, amor! me gritabas en tu reja.

ALMA ROBADA

Si por quererme, me pides la Luna,
la Luna al cielo le robaría
y si fuera poco todavía
robaría a mil reinas su corona.

Y robaría... al violín su melodía,
a la flor robaría su dulce aroma,
el vuelo le robaría a la paloma
y al alba, le robaría la luz del día.

Y si fuera poco ¡vida mía!,
dueña y señora de mi corazón,
por conseguir tu amor, yo te daría,

además de la luz, la música y la vida,
¡el alma!, que aunque el alma es de Dios,
se la robaría para ti, amada mía.

MUJER...

Dios creó para ti la primavera.
Por ti y para ti hizo la rosa
y al ver que era como tú, ¡muy hermosa!
la condenó a llevar espinas mientras viviera.

Que cuando tú naciste, amada mía,
para ser reina de la hermosura,
no quiso Dios que en ese día
naciera otro ser con mas dulzura.

Y para que eso sea así ¡oh, sueño mío!
capricho de los dioses en la Tierra,
nada puede haber en este mundo

que inspire un amor más profundo
que el que yo siento por ti y nada ¡nada!
nada puede haber, igual a tu belleza.

LA TARDE *(Canción popular)*

La tarde me vino a ver, para decirme al oído
que no me puedes querer
¡que tú, nunca me has querido!

Pero yo no la he creído.

¿Cómo la iba a creer, di, cómo?

Si ayer mismo me juraste, que tú
siempre me querías,
mientras que la Luna brille
y salga el Sol cada día.

¡Ay! La fuente rumoreaba
acariciando la piedra...

Que es verdad me decía,
que tú ya no me quieres;
¡que no, que no me querías!

Me enfadé tanto con ella
que su agua no bebí.

¡Que se la guarde *pa* ella!
Yo, sólo bebo de ti.

EL LIBRO DEL APOCALIPSIS

Quiterio Caballero

La revelación que el Señor en su misericordia dio al mayor de los pecadores, a su siervo BEN-SHALUM, para dar a conocer al mundo las señales del fin, del tiempo postrero, de la abominación que cubrirá la tierra y del llanto que desbordará los confines del planeta; el Señor me encomendó gritar a voz en cuello este misterio para advertir a los pobladores del mundo; así me reveló su ángel: “Vendrán días aciagos en que el abismo abrirá sus fauces y de su interior saldrá la Bestia, aquel ser de iniquidad que traerá sangre, fuego y azufre para toda nación, y este ser se llamará BEN-BUSH que significa HIJO DE DESTRUCCIÓN y de su mano saldrá fuego consumidor que derrite toda carne y se llama NAPALM que significa VOMITO DE FUEGO; y el estandarte de la bestia llevará en su bandera cincuenta estrellas blancas con siete franjas rojas, y el símbolo de los que le siguen (son legión) se hace llamar USA que quiere decir NACIÓN SANGRIENTA.

El codiciará los bienes de la tierra de ABEL, la tierra antigua que se llama IRAK y la arrasará impiamente en mi nombre y mentirá a los pueblos, pues es el hombre de iniquidad, mensajero de BELCEBÚ.

¡Ay! ¡Ay de los enfermos y las parturientas! porque no habrá compasión, ni se inmutarán ante las preñadas, ni los jóvenes, ni los ancianos; todos caerán bajo su avaricia. No quites, hijo de hombre, ni una coma de esta profecía que te doy, porque días de luto y endecha vendrán en que se recordarán a las dos hijas de ABEL cuyos nombres fueron HIROSHIMA y NAGASAKI.

Amén y Amén, el que tenga oídos, oiga; el que tenga ojos vea y quien lea la palabra de esta profecía, escudriñe.
Amén y Amén.

CARTA PÓSTUMA PARA WALLÁDA

...Amiga mía, no sé cómo decírtelo. ¡Hace tanto tiempo que no te escribo!

Soy tan anciano ya y mi mente me traiciona, pero los últimos atisbos de lucidez sólo me llevan a tu recuerdo, del cual vivo y aún me alimento.

...Sólo quería recordarte lo que tantas veces te dije a solas, en los eternos coloquios que tuvimos, no sé, pues que me gustas cuando callas porque estás como ausente y mi voz no te toca y que entonces te pareces a la palabra melancolía y que viviría sin pan, pero sin tu risa moriría.

...No sé, pero decirte que veo las tórtolas sencillas del prado y las veo boquitiernas en tu risa, y que yo ando siempre (yo que como el toro he nacido para el luto), siempre aguardando la ocasión de hablarte de tantas cosas, requiriéndote desde los almendros de nata, compañera del alma, compañera.

...No sé qué decirte, pues me faltan las palabras, pero has de saber que no me mueve el beso que me tienes prometido ni tu distancia tan temida para dejar por eso de ofenderte, pues me mueve tu amistad en tal manera que sin beso te pensara, y aunque me odiaras te quisiera..., amiga.

Mi fiel amigo Hidad (que Alá lo guarde de mal) te hará llegar este manuscrito, pues de cierto para entonces habré muerto (que Alá me lleve a su regazo).

Tu amigo: IBN ZAYDÚN

ELEGÍA POR FEDERICO GARCIA LORCA

Un alba de lobos viene.
¡Ay! cargadita de sables.
¡Ay! que por el camino
viene llorando un ángel;

un ángel-poeta llora
como lloran las madres,
y va presintiendo fusiles
en su corazón y su sangre;

Si dagas de fuego barruntas
no le temas a nadie,
la Virgen te dará consuelo
antes de beber tu cáliz;

Canta un jilguero lejano,
¡Ay, que no te cante!
Gritan campanas de duelo
por Granada y por sus calles;

Que vengan ya los verdugos
que ya es hora de marcharse,
¡Soy Federico García, sí,
llamadme Lorca y matadme!

UN HECHO INEXPLICABLE

Asturquín

No sé si lo que cuento está muy claro, pero por muchas vueltas que le ha dado al asunto nunca pude llegar a una conclusión. A veces lo justificaba con una broma de objetivo indiscreto, otras con una mala interpretación de la máquina, otras con que yo me equivocaba; todas las explicaciones con las que yo quería interpretar el hecho las sacaba de la chistera, incluso llegué a pensar que alucinaba. Repetí la acción una y otra vez, pero por más que intentaba sacar aquella página, se fotocopiaba otra distinta, la que presentaba el libro, pero la que yo no presentaba. ¿Qué circunstancia era la que hacía que se cambiara la página? Quizás, leyendo atentamente el momento alguien le encuentre explicación.

El día 24 de febrero de 1997, pasaba por ser de lo más monótono, otro más de aquellas interminables mañanas en que los papeles se despachaban por regla general en no más de las dos primeras horas. Ese día no me agobiaba el trabajo, así que me las ingení para ocupar mi mente y, pensando en mis temas, me dirigí, al filo del mediodía, hasta la biblioteca que estaba en el tercer piso de un edificio anexo al palacio de Buenavista.

Después de saludar a las bibliotecarias, me dirigí a las estanterías donde se encontraban los libros que trataban de las peculiaridades de las distintas regiones de España, tomando el titulado “Castilla la Vieja II”, que ya conocía, pues había extraído de él ciertas anotaciones en ocasiones anteriores.

Con él volví a mi lugar, donde me dispuse a hojearlo con la intención de buscar alguna fotografía que me sirviese para iluminar los escritos de genealogía de mi apellido en que me hallaba inmerso.

Algunas de ellas me interesaban particularmente por estar relacionadas con los pueblos donde habían vivido mis antepasados y trabajado sus tierras en épocas remotas. Me decidí a hacer fotocopias de las mismas.

Cogí el libro y me dirigí hacia el lugar donde se encontraba la fotocopidora, que estaba después de atravesar un pasillo, en otra dependencia de un compañero. Después de saludarlo, sin más, levanté la tapa de la fotocopidora y, después de introducir los datos de número de fotocopia que marqué con el dígito uno y establecer la tonalidad en el modo intermedio, abrí el libro por las dos páginas que me interesaban, abatí la tapa, hasta donde me permitía el volumen del tomo, y presioné sobre el botón de inicio.

Estaban en aquella cámara Alhama y Lázaro, compañeros y amigos. El segundo solía ir a visitar a su amigo, con frecuencia, casi todas las mañanas. Las fotocopias fueron apareciendo con toda normalidad, a medida que yo las presentaba, objeto de la copia que me interesaba.

La página 511 presentaba una fotografía del pórtico del convento de Santa Teresa, tras una puerta de la Muralla de Ávila, a la que hice la fotocopia, y como había sucedido hasta ese momento, obtuve la copia con toda nitidez. En ese momento salió de la oficina Alhama, quedándose sentado a mis espaldas Lázaro.

Unas cuantas páginas más adelante se encontraba otra fotografía, en concreto en la 513, subtitulada: *Ermita de la Patrona del valle de Amblés. La Ermita de la Patrona Virgen de Sonsoles*. Coloqué la página presentándola en el cristal, como venía haciendo hasta ese momento y apreté el botón de inicio. La copia que me expulsó en la bandeja era de la página 511: *Pórtico del convento de Santa Teresa de Jesús. Intramuros de Ávila*.

No era la que yo había puesto sobre el cristal, sin embargo al voltear el libro comprobé que efectivamente la página era la 511.

Pensando que había puesto encima del cristal la 511 y no la 513, como era lógico, coloqué de nuevo el libro, presentándolo sobre el cristal por la página 513 que era, ahora como antes, la que me interesaba, y apreté de nuevo el inicio. La respuesta fue otra copia de la página 511, no de la presentada, es decir de la 513. Volví el libro y cual sería mi sorpresa al ver que efectivamente era la página 511, la del pórtico de Santa Teresa, por lo que, naturalmente, estaba hecha correctamente la fotocopia, pero no la deseada.

Me dije: eres un giliboinas, al poner en el cristal la página que no quieres hacer, mientras volvía a pasar las páginas hasta

llegar a la 513, la de la ermita de Sonsoles, a ver si de una vez hacía bien las cosas. Apreté el inicio, volviendo de nuevo a recibir la fotocopia de la página 511 y, de nuevo, al voltear el libro, estaba en la misma página.

Volví otra vez, ya un poco mosqueado de lo que estaba ocurriendo, a pasar páginas hasta la 513, y me cercioré intensamente de que la que ponía encima del cristal era esta y no otra, apreté con fuerza las tapas del libro y con la otra mano le di al inicio. De nuevo aparecía la 511. No encontraba explicación, me volví hacia Lázaro y le dije: “oye, estoy idiota; no sé qué pasa con esta fotocopia, haz el favor de venir a ayudarme, porque esto no parece muy normal”.

Se levantó del lugar en el que se encontraba y se colocó al lado mío, al mismo tiempo que le decía que se fijase bien en los pasos que daba para hacer la fotocopia de la página 513, la correspondiente, como ya he dicho, a la fachada de la Ermita de Sonsoles. Tomé el libro y lo puse de nuevo encima del cristal por esa página, apreté el botón de inicio, y apareció en la bandeja de salida la 511, la de la puerta del Convento de Santa Teresa. ¿Ves?, le dije a Lázaro, vuelvo a repetir la jugada y esta vez serás tú el que apriete el botón mientras yo me dedico con las dos manos a fijar el libro por la página que me interesa, es decir, la 513. Dicho, y hecho, pero de nuevo volvió a parecer la 511.

Volvimos a ejecutar los mismos movimientos, dos o tres veces después, con el mismo resultado. Era verdaderamente enigmático lo que estaba ocurriendo con aquellas páginas;

era como si una mano misteriosa, sin mover para nada el libro, cambiase las hojas.

No quise seguir probando. Le dije que era la última vez que lo intentábamos, y procedimos de la misma forma, pero, por fortuna, esta vez, sí que expulsó en la bandeja la página 513. Al fin había conseguido hacer la fotocopia y el libro, esta vez, sí presentaba la página que, como en las siete veces anteriores, había colocado sobre el cristal. Era la correspondiente a la fachada de la Virgen de Sonsoles.

Un poco aturdido por lo que no acertaba a explicarme, recogí todo lo que había pasado en la agenda de mesa, anotando punto por punto todo lo sucedido.

Después de comer, volví a las andadas con la fotocopidora, porque tenía que finalizar mi trabajo y tomé de nuevo el libro, en busca de nuevas fotos. En páginas posteriores encontré una correspondiente a unas señoras sentadas al sol y en las eras. Presenté estas páginas encima del cristal y apreté el botón.

De nuevo mi sorpresa fue mayúscula cuando en la bandeja apareció la página 511, la de la fachada del Convento de Santa Teresa de Ávila. No quise averiguar más. En silencio recogí el libro y, sin decir nada a Alhama, que estaba sentado en su lugar, me introduje en mi despacho, dándole vueltas al tema.

A algunos les conté lo sucedido y ninguno le encontró explicación a tal hecho. Afortunadamente fue testigo Lázaro. Cuando se lo conté al páter, que al día siguiente paso por las

dependencias, le ratificó que él lo había visto hasta tres veces. Nunca encontré explicación a lo ocurrido; mi madre y mi mujer fueron las únicas que creyeron que les estaba contando las cosas tal y como pasaron, aunque sin encontrar ninguna racionalidad.

ASOCIACIÓN DE AMIGOS

Elena Pérez

Mi padre está la mar de alegre por la celebración de la Real Sociedad de Peñalara. Voy a aprovechar para que me firme las notas trimestrales; con lo jubiloso que está no querrá dar ningún berrinche, seguro que las firma sin mirar.

Mi padre: Luisa, ¿te acuerdas que el día 16 es la fiesta de la sociedad?

Mi madre: Sí, hombre, sí... ya lo sé, nos pondremos de punta en blanco. ¿Irá toda la panda?

Mi padre: ¡Claro, mujer, como siempre!

Yo: ¿Has oído, Luisillo? Menuda novedad: es donde vamos todos los domingos, pero esta vez iremos vestidos de pingüinos, hablará el señor manda más: “Quiero agradeceros vuestra asistencia, bla... bla... bla... y ahora presentaros al valiente, al socio fiel, Juan el listillo, que es mas viejo que el canalillo...”. Le cuelgan en el pescuezo la medalla de honor y todos igual que si fueran delfines... plas... plas... plas... “Quiero también, dar este emblema a Pepe por los servicios... Por eso, por ser un pelota”.

Luisillo: ¡Calla, Pedro, que me duele la tripa de reír!,

¡cómo te oiga papá! Desde luego que mañana, vaya rollo patatero.

Llegó el anunciado domingo. Son las 8 de la mañana, mi madre chillando como una grulla:

Mi madre: ¡Venga, venga, arriba. Lavaos y rápidamente tomad el vaso de leche y unas magdalenas. Pero daos prisa, venga, vamos. Tu padre ya está en el coche dándole brillo al volante! ¡Caray, es un capullo! Él se levanta y: “Luisa, la camisa, los zapatos, los calcetines”. ¡Pero es que no vive en esta casa para saber coger él las cosas? ¡Luisillo, ponte esto!

Luisillo: ¿Por qué no vamos como siempre?

Mi madre: ¡No! hoy es una fiesta. Luisillo, ven aquí, que te visto.

Luisillo: Trae, yo sé ponérmelo.

Mi madre: Bien hijo, vale.

Mi padre tocando el cláxon.

Mi madre: ¡Que te esperes, caray! No, si encima nos echará el rapapolvos.

Salimos. Mi madre cierra la puerta refunfuñando.

Mi madre: Yo, como siempre, medio arreglada.

Mi padre: ¡No, si llegaremos los últimos! Así todo el

camino. ¡Estos críos! ¡No sabéis echar una mano a vuestra madre. ¡Peor que torpes sois!

Él sí que sabe mandar, pero lo que se dice hacer..., como dice mi madre: es un capullo. Ya llegamos. No llegamos los primero, pero sí los segundos.

Mi padre: Id a coger sitio.

Mi madre: Lo que digo: él a mandar.

Van llegando la pandilla de carrozas:

Carrozas: ¡Hola, chavalotes, hola!, saludándose todo quisqui.

Llegan mis amigos Enrique y Andrés

Enrique y Andrés: Chao, tíos. Chócala, tío.

Yo : Joder, Enrique ¿tú con corbata?

Enrique: Mi madre, que cada día es más pija. Bueno, ¿nos damos el piro?

Yo : Sí, una vez que hagan nuestros padres la presentación de hijos.

Mi padre: Pedro, Luisillo venid; Ignacio mis hijos Pedro y el pequeño Luisillo (palmada en la cabeza).

Ignacio: ¡Qué alto! Hay que ver cómo ha crecido.

Juanillo: Qué cosa más natural... Si estoy más alto es porque he crecido.

Las señoras, que te dejan la cara pegajosa de juntar el carrillo de ellas con el tuyo. Te queda esa pringue de crema que se ponen. Parecen mimos, carátulas.

Yo: Joder papá, déjame de presentaciones

Mi padre: ¿Qué has dicho?

Yo: Nada

Mi padre: ¡Qué te oiga hablar mal!...

Yo (por lo bajito): ¡Anda que tú! Que como te muerdas la lengua te envenenas...

Mi padre: Venga, ve con tus amigos y... ¡no te alejes!

Enrique: Tío, creíamos que no te soltaba tu padre en toda la mañana.

Yo: Las mamás dicen que estéis aquí para los premios.

Enrique: Vale.

Yo: Empiezan a las 12:00, no a las 13:00 h.

Enrique y Andrés: Vale, vale.

Yo: Venga tíos, vamos lejos de estos carrozas.

Andrés: Tú la llevas.

Pedro: ¡No jodas! Con estos zapatos no hay quien corra.

Andrés: ¡Venga, no seas “gilito”! A ver quién llega antes a aquel espinar.

Enrique: Con este día radiante y este sol brillante, con sus rayos de fuego.

Yo: Pero qué “empollón”, el niño pijo con corbata.

Enrique: Y... tú gilipollas.

Yo: Trae que te la guarde, que te vas a ahorcar.

Andrés (poniendo paz, como siempre): Venga, no empecéis.

Luisillo: ¡Mirad, mirad! Una ardilla.

Andrés: Pero, qué mentiroso eres Luisillo. ¿Dónde está?

Luisillo: La he visto, Andrés, aunque no lo creas, la he visto, “so tonto”. En el pino ese.

Enrique: Aquí hay ardillas y buitres, ¡ah! y ranitas de San Antonio, lagartos verdinegros, cuenta la leyenda...

Yo: Ya está hablando el empollón. ¡Eh! ¿Dónde está Luisillo?

Todos (gritando): ¡Luisillo, Luis..., Luis...!

Luisillo: Eco, eco... ¡Estoy en esta piedra! Mirad que cueva tan chachi. ¿Dónde llevará esta cueva?

Enrique: Mirad, fijaos en la entrada. A mano derecha, hay un grifo, ¿no lo veis? Mirad esta pared, parece la cabeza de un león y seguido el cuerpo y en este ancho, las alas del “águila”... se han ido, peor para vosotros, si no queréis ver.

Yo: Luís espera ¿Dónde vas? Ven junto a mí, no te separes.

Luisillo: No te separes... ¿crees que no sé por dónde voy?...

¡CATAPLUM!

Yo: Claro que lo sé hermanito: al suelo. Bueno, ¡cómo te has puesto!...

Luisillo: Sacúdeme.

Yo: Sigamos todos juntos, que esto no lo conocemos y cada vez se ve menos.

Andrés: Vamos, caguetas, seguid y callad.

Yo: Habló el señor juez Andrés. ¡Mirad cuántas calaveras!

Andrés: A ver, a ver, son de animales. Un puchero de la edad media.

Yo: Sí, hombre, del siglo X. ¡Ay! que asco, salgamos.

Andrés: ¿Qué pasa?

Enrique: Mirad, qué es eso: pieles y pellejos. Esta cueva es de los tiempos prehistóricos y huele mal.

Yo: Luís ¿por dónde te metes?

Luisillo: Hay otro camino y tiene más luz, seguidme.

Yo: Será renacuajo... ¡Sal de ahí!

Luisillo: Sí, salgo; es que Enrique se ha caído de rodillas ante una charca.

Enrique: Oídme, mirad este agua donde se refleja una ondina.

Yo: Ya está el sabiondo con la mitología. ¡Fantástico chaval! Y ahora, más adelante, veremos un conjunto soberbiamente construido, con buenos sillares de piedra berroqueña, abriéndose en ella tres arcos y en el medio una hornacina donde se encuentra Superman.

Luisillo: Yo soy Spiderman.

Andrés: Yo, Superman.

Yo: ¿Y tú, Enrique?...Carlos V. O, mejor, Antonio Palomino.

Enrique: Tú, Pedro, el payaso “Charlie Rivel”.

Yo: Yo, Pedro, el capitán de la excursión.

Enrique: Déjame, chalao.

Andrés: Venga, vamos a salir, demos la vuelta; pasemos por donde hemos andado y salgamos.

Luisillo: No, no, es por aquí, que yo me acuerdo.

Yo: ¿Tú? ¡Anda ya! Sería la primera vez. ¿Te acuerdas en casa de tía Petra? Te perdiste buscando el servicio y te measte en la habitación de la prima Luisa.

Luisillo: ¡Qué gracioso! Si no lo cuentas revientas. Tenía dos años, gilipollas.

Andrés: Venga, Pedro, vamos a salir.

Yo: A eso voy, es por aquí.

Enrique: Tú eres el Capitán Payaso.

Yo: Y tú Palomino.

Andrés: Venga, no es el momento; pensemos por dónde hemos andado y salgamos.

Enrique: ¡Por aquí, por aquí! Mira el charco de la ondi-na. Sigamos.

Andrés: Silencio, ¿No oís voces?

Yo: ¡Joder, nuestros padres! Puf, puf, la que nos espera ahí fuera...

Por las voces encontramos la salida. Eso no era familia, que esperaba a sus queridos hijos: Todo era un zarandeo, todo era decir: “¿dónde os habéis metido? ¡Cómo oléis! ¡Cómo os habéis puesto! ¡Vaya pantalones! ¡Qué camisa, para meterla en luz!...

La madre de Enrique: ¿Y la corbata?

Yo: ¡Será pija!... Tenga señora

Mi padre, de la única manera en que no manda y actúa, me pegó un pescotazo, el muy capullo, que se me saltaron la lágrimas. Mi madre, que es muy buena, pero muy inoportuna: “No llores hijo, no llores”. La veía como si viera a la bella durmiente, así de simple.

¿Así que los padres estaban preocupados porque no aparecíamos en el acto de colocación de las medallitas? La preocupación fue la ropa dominguera. El problema era eso: la ropa.

Pero ¿Y nosotros? ¿Se preocuparon de Enrique que llevaba las rodillas raspadas y con sangre? ¿Se fijó mi madre en Luisillo, cómo llevaba la cara y las manos de la caída? ¡NO! ¿Y el moratón que me hizo mi padre? Menudo consuelo nos dieron.

Después del miedo que pasamos, claro que olíamos mal, ¡no te jode!

ÍNDICE

INTROITO	7
M.H. Tuda	
Azul profundo	11
Antonio Fernández de Tena	
<i>Pinceladas</i>	19
<i>El amor</i>	20
<i>En un patio de Guadalupe</i>	21
<i>Tú</i>	22
<i>Ascensión</i>	23
<i>No pudo ser</i>	24
Germán Ojeda Méndez-Casariego	
<i>Cuento de verano: EL galeón</i>	25
<i>Cuento de verano II: Simón del desierto</i> ...	28
Marina Barrio Alonso	
<i>La casa del pescador</i>	33
<i>Retrato interior</i>	35
<i>Silencio de un poeta</i>	36
<i>Fantasía</i>	37
<i>Naturaleza mía</i>	38
XL Ferreiro	
<i>Gran vía</i>	39
<i>Las letras del amor</i>	41
<i>Los amigos viejos</i>	42
<i>Ícaro de sueños</i>	44

José Aceituno

Cuento de otoño47

Juan María Van Drell

Canción de cuna55

Enero 193957

José Miguel González

Mi nombre es Marlowe59

Lorenzo Martín Cantera

La tierra67

Para ti68

La luna en las manos69

Canción futura70

Ana Vicioso Ruiz

Antonio Muñoz Molina no lo sabe71

Menchu Martín

Tengo81

Luna82

Si no estás83

Tè siento84

Amistad85

Que empiece la tarde otra vez86

Andrés Acosta González

Año 2300: museo de historia natural89

Soneto caleidoscópico95

El cosmos matemático y el número "pi"96

Eduardo Fernández-Fournier	
<i>Sonetos de amor de variada intensidad</i>	
<i>y cordura (5)</i>	97
<i>Sonetos de amor de variada intensidad</i>	
<i>y cordura (6)</i>	98
<i>Sonetos de amor de variada intensidad</i>	
<i>y cordura (7)</i>	99
<i>Sonetos de amor de variada intensidad</i>	
<i>y cordura (8)</i>	100
Rodrigo García-Quismondo	
<i>Detrás del espejo</i>	101
<i>Clara</i>	107
<i>Naturaleza íntima</i>	109
Maribel Orgaz	
<i>Nos casamos</i>	111
Elena Espiña	
<i>Examen al comienzo de siglo</i>	121
<i>Ella</i>	123
<i>Pepa</i>	127
Teresa Martín Ballesteros	
<i>Tormenta de una tarde de verano</i>	129
Juan Bautista Vega Cabello	
<i>Deseos fervientes de que se arregle</i>	
<i>el mundo</i>	135
<i>Mi pequeño homenaje a la lengua</i>	
<i>como idioma</i>	137

Pilar Hernández Esteban

<i>Reloj</i>	143
<i>Qué será</i>	146
<i>Tristeza</i>	146

Juan de Madrid

<i>Desconsuelo</i>	147
<i>Fuego en mi alma</i>	148
<i>Alma robada</i>	149
<i>Mujer...</i>	150
<i>La tarde</i>	151

Quiterio Caballero

<i>El libro del Apocalipsis</i>	153
<i>Carta póstuma para Walláda</i>	155
<i>Elegía por Federico García Lorca</i>	156

Asturquín

<i>Un hecho inexplicable</i>	157
------------------------------------	-----

Elena Pérez

<i>Asociación de amigos</i>	163
-----------------------------------	-----

Este libro se terminó de imprimir en Sevilla en
febrero de 2008

